

Cátedra de Filosofía de la Historia
Serie de Historia de la Historiografía

1

IBN JALDUN

LOS PROLEGOMENOS



Universidad de la República
Facultad de Humanidades y Ciencias
Montevideo - 1969

FE DE ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>dice</u>	<u>debe decir</u>
I	6	quatremére	quatremère
XV	20	una vez más no	una vez más, no
2	24	profunda. Estaso	profunda. Estas
"	28	resultanndd	resultan
3	21	del cuerpo	de cuerpo
"	35	adecuan	adecúan
4	4	comparsn	comparan
"	10	con vistas la	con vistas a la
5	9	que vacíos	sus vacíos
7	1	las organización	la organización
"	33	nos trae provecho	no trae provecho
8	13	(borroso)	camino
"	14	conciente	consciente
"	20	que en en	que en
12	2	que incluya de	que incluya la crítica
14	34	defenser	defenderse <u>/de</u>
17	9	procede	precede
19	6	que los les es	que lo que les es
"	28	(confuso)	(5)
20	3	la que hemos expuesto.	(debe suprimirse
		La razón está	todo)
21	13	partes tienen	partes, tienen
"	32	binestar	bienestar
24	1	cesis	cetismo
25	4	V VI	VI
"	8	(confuso)	iniquidad o amenazas
26	19	pronlongada	prolongada
27	37	pue-	puede
28	35	cumpla voluntad	cumpla la voluntad
30	2	(borroso)	comporta
30	5	(borroso)	y el odio mutuos. quien
"	7	(borroso)	dirige
"	8	(borroso)	también la mano a menos
			que un freno se lo impi-
			da
			261-262). (El resto de
			la línea no corresponde)
30	9-10	(interlineado)	(no corresponde)
"	19	injustifica	injusticia
31	35	(borroso)	revelados (sigue p.77)

701
Ibn
19.41 PFO

IBN JALDÚN

LOS PROLEGÓMENOS.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
Entró el 11 / 69
No

901 IBN pro
Los prolegómenos /

FHCE/088448



Tiraje reducido para uso de los estudiantes en los cursos de Filosofía de la Historia e Historia de la Historiografía.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS.
Montevideo
1969

Tomado de IBN KHALDUN, The Muqaddimah, traducción al inglés de Franz Rosenthal, 3 volúmenes, London, Routledge & Kegan Paul Ltd., 1958.

Selección, traducción e Introducción a cargo del Profesor Agregado, Sr. Víctor Sanz.

Con este folleto inciamos una nueva serie dedicada a estudios de Historiografía. En ella se publicarán textos y trabajos críticos, incluso trabajos de pasaje de curso de los estudiantes de la asignatura. Están ya en preparación los nuevos folletos dedicados a Isidoro de Sevilla, Marc Bloch y Macaulay.

J.B.D.

P R E S E N T A C I O N

Ignorado durante siglos, Ibn Jaldún es, sin embargo, uno de los más grandes teóricos y filósofos de la historia de todos los tiempos. En el continente europeo fue completamente desconocido hasta 1806, en que Silvestre de Sacy tradujo algunos fragmentos de sus escritos. En 1858 fueron editados en París, por E. Quatremére, lo que se ha dado en llamar sus "Prolegómenos". Pero hubo que esperar a 1862-1868 para que apareciera una traducción en una lengua occidental, el francés, por William MacGuckin de Slane.

El primer comentario extenso sobre los "Prolegómenos" fue el de Gumplowicz ("Un sociólogo árabe del siglo XIV"), aunque, de acuerdo con las preocupaciones predominantes en la segunda mitad del s. XIX, centrara su atención sobre el aspecto sociológico de la obra (que, con el filosófico, era el que despertaba un mayor interés), dejando de lado lo referente a metodología y concepción históricas, que, sin embargo, había sido objeto de consideración relevante por parte de Ibn Jaldún. A reparar esta omisión tendió el estudio realizado años después (1904) por Rafael Altamira, que fue actualizado en un curso dado en Méjico en 1948.

Pero, a pesar del interés y la admiración de sociólogos e historiadores por la obra de Ibn Jaldún desde que se conoció, el número de sus traducciones no se acreció más que con la de Rosenthal, más autorizada que la de de Slane y que nos ha servido de base para la presente selección. Esta escasez de traducciones se explica porque, a las dificultades generales que ofrecen las obras escritas en lenguas orientales, se suman, en el caso, otras muy particulares, atingentes a léxico y estilo, que hacen la

obra de Ibn Jaldún difícilmente abordable y han conspirado contra su difusión.

Distintas colecciones y extractos han sido también publicados; pero en castellano sólo existe, que sepamos, la muy reducida antología incluida en "La filosofía en sus textos" (1), que sólo abarca aspectos muy limitados de los "Prolegómenos". A colmar esta laguna para los estudiantes de la Facultad, tiende esta selección, que no pretende agotar el rico contenido de aquéllos. Para confeccionarla nos hemos ayudado con las selecciones de Issawi (inglesa) y Labica (francesa), la última de las cuales, dicho sea de paso, contiene frecuentes errores de página en sus referencias a la traducción de Rosenthal.

Ibn Jaldún tuvo una azarosa y apasionante vida de que dio cuenta en su "Autobiografía". Descendiente de una importante familia emigrada de Sevilla, nació en Túnez en 1322, educándose en el elevado ambiente cultural que allí habían constituido los emigrados andaluces. Sirviendo sucesivamente, en situaciones de primera línea, a los soberanos de Fez, Granada, Bugía, Tremecén y nuevamente de Fez, codiciado y sabiendo colocarse siempre del lado del vencedor, aunque arriesgando más de una vez su vida, regresó a Túnez en busca de tranquilidad, que obtuvo finalmente en El Cairo, donde vivió desde 1382 hasta 1406, año en que murió. Pedro I el Cruel y Tamerlán quisieron ganárselo para su servicio, lo que constituye elocuente indicio de sus dotes personales. Y que, en un mundo tan convulsionado, alcanzara casi los 74 años, prueba, al tiempo que la astucia con que supo capear las más cambiantes situaciones, la ductilidad y falta de escrúpulos con que supo adaptarse y servir a los poderes más diversos. Tal vez porque, como supone Rosenthal, formado espiritualmente bajo la influencia hispanomusulmana, no pudiera echar su corazón en la balanza de esas contiendas puramente personales.

Su originalidad le hace aparecer como astro único en la historiografía musulmana, y ello, en una época de es-

tancamiento cultural en Africa del norte. Originalidad que, aun reconociendo la parte de sus precursores, pero reducida a estrechos límites, destaca él mismo no sin orgullo (2). Por primera vez aplicó a la historia una serie de conocimientos correspondientes a distintas ciencias, y usando el método comparativo, utilizó la abundante documentación que le ofreciera la historiografía musulmana, la de más copiosa producción de todas las hasta entonces conocidas. Claro que el aislamiento del mundo musulmán y la habitual repetición de los mismos ciclos históricos, así como la limitación de su conocimiento a pueblos que ofrecían semejantes formas de organización, favorecieron indudablemente esta originalidad. Pero favorecer no es producir, y lo cierto es que sólo él supo aprovechar esos factores, lo que revela la marca de su genio personal y la experiencia que su intensa vida y el marco crítico en que se desarrolló le proporcionaron.

La obra propiamente dicha de Ibn Jaldún, su historia universal, consta de tres partes. La más conocida y valiosa es la historia de los bereberes, siendo la más floja la relativa al Oriente, región que, como él mismo reconoce, conoció poco. Obligado a atenerse un tanto al molde clásico por tratarse de obras de encargo, no dio de sí todo lo que, con mayor independencia, hubiera podido dar; pero a él se debe, no obstante, el conocimiento que se tiene de la historia medieval norteafricana. De todas formas, el valor de sus "Prolegómenos", donde pudo dar libre curso a sus ideas, oscureció el del resto de su obra.

Por ellos se le ha considerado como el primer filósofo de la historia, por lo menos hasta Vico. Y es que, en momentos en que la historiografía europea, a mucha distancia, contaba entre sus cimas a un Froissart, se preocupó por una serie de problemas que son, en el fondo, los del mundo de hoy. Cinco siglos antes que Comte, consideró que los fenómenos sociales y, por tanto, el proceso histórico, están sujetos a leyes que sólo pueden descubrirse confrontando los hechos pasados con el análisis frío del presente. Fue el primer historiador musulmán que inquirió la ra

zón de los hechos en la estructura misma de la sociedad. Percibiendo también, en otro anticipo de la sociología moderna, la personalidad propia del grupo, aunque, como se podrá observar, concede al individuo un peso importante en el proceso histórico.

103/ Pero esa laicización de su pensamiento a que me acabo de referir, tiene su límite, frecuentemente olvidado por los comentaristas deseosos de destacar a ultranza su modernidad. No estamos ante un librepensador como los que habían suscitado las iras de Tabarí ya en el s. IX. Muy por el contrario, Ibn Jaldún fue un creyente convencido que llenó su obra con citas del Corán e invocaciones de carácter religioso. Y no de una manera formalista. Participó efectivamente de la reacción antirracionalista de su época. Llamó la atención sobre los peligros que, para la fe, entrañaba la enseñanza de la filosofía, negando a ésta la posibilidad de alcanzar la esencia real de los seres y de las cosas, por tratarse de un conocimiento exclusivamente reservado a Dios (R., I, 246 y ss.). Creyó en la existencia de intermediarios elegidos por Dios, admitió los milagros, la profecía, la interpretación de los sueños e incluso la brujería y la magia (aunque afirmando que se cometen muchos fraudes en nombre de esta última). Y, si rechaza la alquimia y la astrología, por lo que se refiere a la segunda, hay otros pasajes en su obra en los que admite sus principios (R., I, 343, por ejemplo. Cf. p. XIII de esta introducción).

Ahora bien, si el conocimiento que busca la filosofía resulta inaccesible para la mente humana, o, mejor dicho, como señala en un pasaje que tiene su fondo de verdad, al razonamiento, aunque accesible en parte a la observación (R., III, 251), el de los hechos concretos y sus leyes, que están fuera de la abstracción y la especulación, y que son los que interesan a la historia, están perfectamente al alcance de nuestro intelecto, que debe investigarlos y descubrirlos. Así, en la generalidad de su obra, todas esas ^{las} influencias sobrenaturales, a las que, por otra parte, dedica buen espacio, quedan relegadas a un se

gundo plano. La divinidad establece, una vez por todas, las leyes que rigen el proceso histórico, las cuales, salvo casos excepcionales, como el de la revelación doctrinal (49-50) y los milagros, permanecerán estables. Dualidad semejante se había visto apuntar en la historiografía cristiana del s. XIII y culminar en el Renacimiento, cuando, sin negar la existencia de Dios, se dejaba de recurrir a él para explicar el desarrollo del proceso histórico. En algún caso, llega a parecer que las leyes naturales pueden sobreponerse a la voluntad divina (14-15; R., I, 90-91); pero, en realidad, como Dios estableció esas leyes, según resulta del contexto general de su obra, hay que pensar que no se trata, en la ocasión, más que de una figura de lenguaje o de un defecto de expresión. Hay pasajes, es cierto, en los que la religión misma aparece subordinada a esas leyes naturales (27-29), o como una superestructura dependiente de otras circunstancias (50); pero en seguida reacciona y, en el primer caso, se apresura a afirmar que fue Dios quien dispuso la necesidad de las circunstancias dadas y, en el segundo, que la forma es anterior a la materia.

Lo cierto es, sin embargo, que, al no recurrir a esta intervención sobrenatural para explicar los hechos y al sostener que sólo una mente emancipada de la abstracción y la especulación puede comprender esos hechos de que se ocupa la historia, fue a ésta sin ideas preconcebidas que luego pudieran confirmarse con ejemplos adecuadamente seleccionados, y se mantuvo en permanente y estrecho contacto con la realidad antes de extraer sus conclusiones, en una notable aplicación del método científico al conocimiento histórico. Y, en éste su deseo de explicarse y explicar las causas de los hechos históricos, ni siquiera da beligerancia al azar, como resulta de un pasaje que recuerda aquella frase de Spinoza: "La conciencia de nuestra libertad no es más que la ignorancia de las causas que nos hacen obrar." (54-55) En apoyo de sus tesis siempre aduce uno o varios ejemplos ilustrativos, que tienen el valor de prueba experimental y sirvieron de base para for

mular aquéllas. Por eso no puede extrañar que, situándose como sucesor de Polibio (cuya obra no conoció), considere expresamente a la historia como una ciencia (2 y 6-7). Y este considerable anticipo de concepciones modernas constituye uno de los aspectos más importantes de su obra.

*epíston
torica* Su concepción histórica global, que establece una íntima trabazón entre los diversos factores sociales (59), como aspecto parcial de la existente entre todos los elementos del mundo (1), le hacen aparecer como precursor de la historiografía de la Ilustración y del Romanticismo y de la moderna concepción de la historia de la cultura. Y ello, aunque su preocupación fundamental por la historia política haga dudar, con Altamira, si verdaderamente llegó a alcanzar el concepto de historia de la civilización, puesto que esa duda parece resuelta por el pasaje en que afirma que la dinastía y el soberano constituyen la forma de la civilización y ésta, la materia (59).

torico Su concepción científica de la historia le llevó a plantear, con gran antelación para su época (aunque en esto también se le adelantara Polibio), el problema de la crítica histórica (12-13), siendo de destacar lo referente a la tercera causa de error. Bien que no deje de haber sombras en su planteamiento, su espíritu crítico se aplica, en forma aguda y metodológica, a relatos aceptados por historiadores anteriores, desmenuzando su inverosimilitud desde el punto de vista lógico; pero también geográfico, económico, demográfico, estratégico, físico, etc. De ellos, sólo hemos recogido el muy mencionado del ejército de Moisés, entre otros igualmente minuciosos en su argumentación. Esta su actitud crítica se aplica incluso a la tradición religiosa (20, 31; R., I, 395, etc.).

Antes que Dilthey y los teóricos del s. XIX, tuvo conciencia de que la historia es la ciencia de lo particu-

lar y percibió sus relaciones con la sociología, tanto por lo que hace al alcance de los problemas (3, ref. I, 63), como al señalar la semejanza entre el pasado y el futuro (10), pues ello implica, como señala Issawi (p.1), que el estudio del presente, que practica la una, aporta materiales al análisis del pasado, que efectúa la otra, y viceversa. Y, aunque rebaje inmediatamente el valor y utilidad de esta ciencia nueva (7-8) que sorprendentemente anticipó (la sociología para unos, la filosofía de la historia para otros), lo cierto es que su obra tiene un gran contenido sociológico, en el que se encuentran atisbos de no pocas doctrinas y métodos modernos.

Se ha señalado una contradicción en el pensamiento de Ibn Jaldún, al afirmar, por un lado, esta semejanza entre pasado y futuro, que le lleva a admitir la posibilidad de prever este último (6), situándose así en la línea de Tucídides, Polibio y Comte, y su inteligente conciencia, por otro, de los cambios que se producen en el tiempo y a los que se refiere en relación con la crítica histórica (1, 69). Pero esta contradicción deja de serlo si situamos una y otra afirmación dentro de los planos macroscópico y microscópico de los hechos históricos respectivamente.

Por explicar estos cambios a base del afán de imitar las costumbres del príncipe, Altamira le acusa de puerilidad, sin precisar que la idea no es originalmente suya, como se deduce del pasaje correspondiente, en el que se afirma que tal es la "razón ampliamente aceptada." Por otra parte, Ibn Jaldún no reduce a eso sus ideas sobre la imitación (54-56). Y si es una evidente limitación no reconocer más que ese factor de cambio, ya es mucho, como se señala Issawi, que fuera consciente del papel jugado por este factor en las cuestiones sociales.

Anticipando otra cuestión que tanta importancia adquirió en el siglo pasado, fue el primero hasta Montesquieu o, por lo menos hasta Bodino (quien se le acerca en más de un punto), que dedicó una atención sistematizada a la

influencia del medio geográfico sobre las costumbres y formas sociales de los pueblos, en párrafos que la obligada brevedad de esta selección ha impedido incluir con mayor extensión. Concedió igualmente gran importancia a la influencia de la alimentación, hasta extremos no compartibles (21-25). Aún más decisiva resulta, para él, la influencia de la costumbre (20, 23, 24, 41 y 62). Y también, con lo que se sitúa sorprendentemente en antecesor directo de Marx, la forma en que los pueblos proveen a su subsistencia (15). Cómo se coordinan estas distintas influencias o hasta dónde llegan las unas y comienzan las otras, es algo que Ibn Jaldún no precisa; pero que puede deducirse operan en distintos órdenes: rasgos psicológicos, formas de vida, instituciones, etc.

Con lo que Ortega y Gasset llama su "filosofía del hambre", se prefigura su doctrina sobre el surgimiento y decadencia de los imperios, que es el hilo de Ariadna que le conduce a través del inextricable laberinto de luchas internas que entonces ofrecía el África del norte, hacia una explicación racional en la que todos esos hechos se armonizan y cobran una significación. La aparente confusión se aclara, para él, por la coexistencia dinámica de dos formas de vida distintas: la beduina (cuya descripción en su aspecto pastoril se ha considerado como uno de los mejores estudios de sociedades ágrafas antes de la etnografía moderna) y la de las ciudades. Pero, para hacerse efectiva, esta potencial superioridad del beduino (que Toynbee toma como ilustración de su teoría de reto y respuesta) necesita de la "asabiya", palabra que se ha traducido por espíritu solidario, familiar, tribal, de grupo, de cuerpo, etc. y que viene de una raíz árabe que significa "ligar" (cap. III). Su análisis al respecto ha sido señalado como antecedente de Giddings y del que hace Durkheim sobre las formas elementales de la vida solidaria. Ibn Jaldún dio a este nexo social un sentido moral positivo (29), en oposición al significado tradicional, que no se cuidaba de la justicia de la causa que se defendía y que, por ello, era condenado por la literatura musulmana. Como en el caso del genos griego y otras

sociedades primitivas, este lazo social no es exclusivamente sanguíneo, pues puede adquirirse por integración en el grupo (R., I, 267 y 276) y también por la relación de convivencia incluso entre desiguales (26). Conviene destacar que esta negación de la lucha de clases se opone a otro pasaje en el que apunta su existencia en las ciudades (67-68), por lo que, precisando su pensamiento, podría deducirse que la oposición de las clases desaparece donde existe una relación de familiaridad o semifamiliaridad y surge, en cambio, donde, como en las ciudades, este espíritu de cuerpo, sin dejar de existir, se debilita, por interferir otras relaciones que las familiares (R., II, 302-303). Lo que demuestra lo matizado de su pensamiento y su atenta e inteligente observación de las realidades sociales, al tiempo que le sitúa en precursor de esa concepción.

/En relación estrecha con esta cuestión se halla el problema de la autoridad, que es uno de los puntos capitales de los "Prolegómenos" y el que hace de su obra una explicación sociológica del poder político en sus distintas formas (caps. VII, VIII y IX). De acuerdo con la realidad que conoció, su ideal es la autoridad ejercida por un hombre superior, aun reconociendo la parte propia de la solidaridad social (32), en una concepción más amplia que la de Hobbes, de quien también se le ha señalado como antecedente. Perdiendo objetividad, aprueba o condena a las sociedades, según posean o no este elemento de poder en que culmina el espíritu de cuerpo. Pero no se le escapan, por ello, los inconvenientes de toda autoridad, y los explica y expone en un penetrante análisis (37; 34-35) que, aun centrado sobre la valentía, de acuerdo con su interés predominante, podría hacerse extensivo, sin variar la esencia de su razonamiento, a la pérdida de la personalidad, la espontaneidad y el espíritu creador. Y es digna de destacarse al respecto, la distinción que establece entre freno interior o convicción y freno exterior, si bien es cierto que el primero opera por promesas y amenazas; pero destacando que los efectos del segundo se producen aunque se ejerza mediante la educación

(34-35). ^{dice} Es decir, que la autoridad se justifica únicamente por sus fines (30, ~~31~~ 32-33 y 36) y debe sujetarse a normas que, en un examen que ha servido entre los modernos musulmanes para discutir las relaciones entre los poderes temporal y espiritual, sostiene han de ser religiosas (38). Se trata, pues, de una monarquía basada en el consenso general, el cual nace de la aceptación de la ley religiosa por todos (R., I, 390).

Ibn Jaldún se detiene ahí. No es un terapeuta social. Su vigor analítico le lleva a distinguir los elementos de la autoridad, incluidos sus excesos; pero no busca un remedio a esos males en la sociedad misma. Se mantiene estrictamente en el marco de la historia. Y, en cualquier caso, considera mayores los males de la ausencia de autoridad. Por otra parte, el freno de la religión es algo que, para él, opera efectivamente: fue lo que permitió que los árabes llegaran a superar sus defectos (39), que fustiga, a pesar de que fueran de su misma estirpe. Antes que Maquiavelo, a quien recuerda por su realismo político, vio, pues, en la religión un poderoso factor de unidad políticosocial, que tal vez podría ampliarse, con ojos modernos, a un ^{ideal} motivo simplemente moral, como susceptibles de producir esa fuerza interna que no perjudica el vigor del carácter. De todas formas, los abusos de la autoridad acarrean una sanción en este mundo: la descomposición del poder político que los comete (35-37). Y, en su limitación de la autoridad, llega a condenar la inteligencia política superior en el ejercicio del poder, en un pasaje (36) que ofrece una curiosa semejanza con las palabras que Tucídides atribuye a Cleón en su discurso a los atenienses sobre el trato que debía darse a Mitilene: "las ciudades son mejor gobernadas, en general, por las gentes ordinarias que por los espíritus profundos." (III, 37, 3-4). Si bien las razones de uno y otro difieren naturalmente, a causa de la distinta realidad política que conocieron: para Cleón, lo que lleva a la pérdida de la ciudad son los esfuerzos que se hacen para ganarse las voluntades de la asamblea. Es claro, por otra parte, que en el mundo que conocía Ibn Jaldún resultaba difícil for

mular una filosofía de la libertad; pero que en ese mundo haya captado con tanta claridad esas nociones y que, al sostener que el ejercicio de la autoridad humilla y perverte, alcance el punto extremo de la crítica de la autoridad, es algo que hay que poner en su activo.

En su análisis sobre la naturaleza social del hombre y la necesidad del gobierno, muestra reminiscencias platónicas y puede ser considerado también en otro aspecto como precursor de Rousseau (aunque ya encontramos en la antigüedad un punto de vista semejante, por ejemplo, en Tácito). Para él, el hombre es una tabla rasa (18) sobre la que la civilización inscribe las malas cualidades de que la vida primigenia le preserva (19). Hay, sin embargo, una contradicción entre esto y lo que dice en otro lugar (29), que puede achacarse a la característica imprecisión y dificultad expresiva de Ibn Jaldún. Pero esto último se contradice también con otros extremos de su razonamiento: en efecto, si la monarquía evita el triunfo de las malas cualidades que desorganizan la sociedad (30-32) y lo que distingue a los beduinos es precisamente el no haberla alcanzado (32), no se explica que éstos estén más cerca del bien, como afirma. Otra contradicción se manifiesta, en relación con esto, en lo referente a la cooperación, disposición natural (15) que es necesario imponer (36).

Ahora bien, de cualquier forma, toda autoridad, toda dominación, tiene un trágico final, que se repite inexorablemente y al que no se puede escapar porque constituye una ley biológica y hasta natural, que opera en todos los órdenes (45-46 y R., I, 278). A la que se sujetan también, por tanto, el prestigio y la nobleza en las familias (R., I, 278-281). Pero esta doctrina, que Ortega y Gasset celebra como revelación del secreto de la evolución del África del norte, no parece, al menos por lo que se refiere a la duración del ciclo, una concepción original, puesto que nos afirma que dicha duración "se dice corrientemente que es de cien años." (46) Aunque puedan rastrearse otras causas de decadencia en los sucesivos análisis que Ibn Jal -

dún dedica a esta cuestión, el fundamental, para él, son las costumbres de lujo que produce la vida en las ciudades. Mas sin perder de vista que la autoridad se cava, por otra parte, su propia fosa, a causa de su naturaleza absorbente, que la lleva a enajenarse sus apoyos naturales en aras de su exclusivismo (47, 58, 64-65, etc.).

Resulta muy fácil la crítica en el detalle de esta doctrina de ascenso y decadencia, como explicación general del proceso histórico. Y pensadores modernos, como Toynbee y Ortega y Gasset, han tratado de disculpar la supuesta generalización del historiador musulmán, de una realidad que sólo es norteafricana. Pero ésta es una falta que Ibn Jaldún no sólo no cometió, sino que expresamente se guardó de hacerlo (6). Y, aunque rápidamente extendiera su campo de observación para hacer también la historia de los países del Oriente, la prudencia que demuestra no permite atribuirle la intención de aplicar su esquema al resto de la historia universal, que desconocía aún más, y pone en su lugar todos los pasajes en que, por la forma de expresarse, parece abarcar un panorama global.

Nos encontramos evidentemente, mal que le pese a I. Lacoste, ante una concepción cíclica de la evolución de los estados. Ciertamente es que ni se trata de una filosofía concebida a priori ni el ciclo es completamente rígido, puesto que puede no comenzar (40), durar más o menos (47) y no ser necesariamente simultánea la decadencia política y la de las ciudades (53) ni con la técnica y cultural, por estar las conquistas de la civilización preservadas por el hábito. Pero, una vez alcanzada determinada etapa de desarrollo, inútiles serán los esfuerzos que se hagan por escapar al desenlace fatal, por el peso de las condiciones sociales (56-59).

Pues bien, negándose a aceptar que Ibn Jaldún sostuviera una filosofía cíclica de la historia, Lacoste fuerza los textos, presentando como conclusión general condenatoria de las doctrinas cíclicas de los sufíes (lo que,

por otra parte, no implicaría necesariamente la condena de otras concepciones cíclicas mejor fundamentadas), un comentario que se refiere exclusivamente a una obra de Ibn el Arabí el Hatimí. Y de la que, según la traducción de Rosenthal, dice: "La opinión más probable es que todo el trabajo es incorrecto, porque no tiene ninguna base científica, astrológica u otra." (II, 224). Ello, además, dentro de una exposición de distintas creencias proféticas islámicas que, lo más frecuentemente, no juzga en particular, aunque de una parte de ellas (pero que no son, precisamente, las de los sufíes) diga que muy pocas se salvan de la crítica (R., II, 184). Sugiere Lacoste, por otra parte, que Ibn Jaldún no cree en la inevitabilidad de la evolución referida y que su indignación contra la población urbana (a la que realmente fustiga con dureza) proviene precisamente de considerarla como traicionando la misión de romper el círculo infernal que sólo ella, con su influencia económica, podría cumplir. Es cierto que hay un pasaje, al que Lacoste, sin embargo, no se refiere expresamente (52-53), del que podría deducirse indirectamente esa responsabilidad de las ciudades de no haber integrado en su vida a los beduinos marginales como lo hicieron con algunos; pero lo que Lacoste califica de intuición genial, no está expresado, como él mismo reconoce, por Ibn Jaldún ni podía estarlo en la época en que escribió. Igualmente, y bien que los textos al respecto sean bien claros y concretos (194 y R., II, 296), Lacoste afirma que Ibn Jaldún no atribuye de hecho la cobardía de las ciudades a falta de valor guerrero, sino a incapacidad para oponerse a las empresas de la aristocracia tribal (nota 3). Todo lo cual traduce, dicho sea de paso, una tendencia generalizada en esta obra a encontrar en los "Prolegómenos" algo más de lo que Ibn Jaldún realmente introdujo.

La semejanza del pensamiento de Ibn Jaldún, en este notable análisis del proceso del desarrollo norteafricano, con el de Polibio, que también ve en el ciclo histórico el cumplimiento de una ley de la naturaleza y señala el lujo como uno de los factores de la decadencia (idea que

había esbozado Hipócrates), sin olvidar el papel generacional, no debe hacernos pensar en una filiación ideológica, puesto que puede afirmarse que Ibn Jaldún no conoció la obra de Polibio. Se echa de ver también la semejanza de algunos aspectos de su pensamiento con escritores modernos, como Danilevsky, Spengler y Toynbee, aunque el ciclo de Ibn Jaldún es mucho más corto. Por ejemplo, en lo que se refiere a la fase de satisfacción y goce de lo adquirido, la comparación con la vida orgánica, la terminación del ciclo en las grandes ciudades, los esfuerzos inútiles de revigorización en el período decadente y el papel estimulante que juega un medio ingrato. Idea esta última que aparece ya en Herodoto, presiente Polibio en el caso de Bizancio y reitera Posidonio. También Isócrates había formulado la ley de que la riqueza y la potencia tienen un efecto negativo, mientras que la pobreza corre pareja con la moderación. Se considera también a Ibn Jaldún como precursor de Turgot, Herder y todos los teóricos de la lucha, con los que coincide al afirmar que los estados nacen de la oposición y dominación de los grupos sociales.

Otro de los aspectos más originales de la obra de Ibn Jaldún es la profundidad e insistencia con que se ocupa de las cuestiones económicas, precisamente en un momento que no se caracterizaba por su desarrollo. Más de una vez aparece en esto como precursor del marxismo. Afirmó, en efecto, la necesidad de la vida económica en relación con la intelectual, fruto del lujo de la civilización (15). Apartándose de la concepción mercantilista, que en tan gran escala habría de dominar en Europa en los siglos siguientes, vio la base de toda riqueza no en los metales preciosos, a los que reduce a su mero papel de valores de intercambio, sino en la producción, considerando también el comercio como productivo (61), es decir, en el trabajo, aunque sin dejar de reconocer el valor de la utilidad en algunas circunstancias (íd.), por lo que, para resumir con exactitud su doctrina en este punto, podría decirse, con Issawi, que "el valor de una mercancía se basa principalmente en el trabajo empleado en su produc

ción." (p. 16). Pero el trabajo, en función de su utilidad y sometido a la ley de la oferta y la demanda (63). Estableció el papel de los metales preciosos en relación con la prosperidad; pero, en lugar de hacer depender ésta de aquéllos, hizo depender aquéllos de ésta (60). Anticipándose a los fisiócratas sostuvo la primacía de la agricultura, seguida de la industria, y tipificó los sectores primario y secundario en la vida social, con sabor moderno (61-62), llegando a percibir claramente que, a medida que una civilización progresa, disminuye la importancia relativa de su agricultura y se acrecienta la de los servicios. Es también destacable su estudio sobre la interrelación de los precios y las fluctuaciones de estos en relación con lo necesario y lo superfluo.

Buscó en todo esto una descripción fría y positiva de los hechos y una captación de las leyes que los rigen, separando, en diametral oposición a sus contemporáneos cristianos, la economía de la ética. Y, aunque no se le escapó el efecto corruptivo de la competencia en la lucha por la vida (64), una vez más no buscó la solución en otra forma de organización económica-social distinta a la que conocía. Por ejemplo, a pesar de que condena resueltamente la servidumbre (62), acepta el resultado como un mal inevitable. Es tan decidido partidario de la libertad de empresa como enemigo del intervencionismo estatal y los monopolios (65-66). Y resalta, en este orden, el efecto negativo del acrecentamiento de los impuestos resultante del incremento de la vida sedentaria y civilizada (64+65)

En lo que tiene que ver con la estructura social, señaló una de las vías de formación de las grandes fortunas y el efecto que el acaparamiento de riquezas produce en la sociedad, al tiempo que parece tener cierta conciencia del carácter cíclico de las crisis económicas, aunque supeditándolas, de acuerdo con la realidad que tenía ante sus ojos, a la evolución política (68-69). A tono también con esta realidad, concedió mayor importancia al poder y la jerarquía que a la riqueza, es decir, que vio perfectamente que aquél produce riqueza; pero no, porque

el mundo en que vivía no le permitió verlo, que, a la inversa, ésta da poder.

Pero la obra de Ibn Jaldún, verdadera enciclopedia del saber musulmán de la época, no se limita a esto. Resulta difícil constreñir el comentario a un espacio tan obligadamente limitado como el presente. Es obvio que no se han podido señalar todas las cuestiones relevantes que presentan los "Prolegómenos" y que lo que se pretende únicamente es incitar a un estudio más profundo. Igualmente han debido dejarse de lado en la selección no pocos fragmentos de interés, reduciéndola, por otra parte, a las cuestiones más propiamente históricas. Limitémonos a agregar, para dar una breve idea del resto de su contenido, que incluye un excelente estudio sobre las partes de la tierra en que se establecieron las distintas civilizaciones, así como un amplio análisis de la construcción de ciudades y monumentos, una exposición de los distintos rangos y títulos de la autoridad real y gubernamental, un atisbo de la evolución natural en su afirmación de que los reinos mineral, vegetal y animal se confunden en sus confines (R., I, 195), una pormenorizada disquisición respecto del alma humana y sus distintas capacidades, que se prolonga con un estudio sobre el lenguaje y otro acerca de la instrucción científica en relación con la civilización (y, en vinculación con esto una doctrina pedagógica, no sólo referente a la instrucción primaria, sino también a la superior, y en la que se encuentra una anticipada defensa del método cíclico). Sigue a este estudio un examen de las distintas ciencias existentes (aunque incluyendo el sufismo, la interpretación de los sueños, la magia, los talismanes y los secretos de las cartas) y otro de los oficios y profesiones.

Claro es que, pese a todo, la obra de Ibn Jaldún no deja de tener lagunas e ingenuidades, inexactitudes históricas y otras y tratamientos inadecuados. Pero es en relación con su tiempo y su ambiente como debe ser juzgado y nada puede arrebatárle, en todo caso, la condición de constituir uno de los grandes hitos del pensamiento his-

torigráfico universal.

Una de sus características, que se echará de ver en esta selección, es la de redundar sobre una cuestión ya tratada, incurrir en repeticiones, hasta el punto de que, eliminándolas, podrían ser reducidos los "Prolegómenos" a la mitad. Pero, como se podrá observar también, es frecuente que, al insistir sobre una cuestión, amplíe, aclare o precise el punto de vista anteriormente expresado, y podrá percibirse cómo afina, redondea, enriquece su pensamiento en las siguientes referencias.

Queda únicamente por señalar que hemos creído conveniente presentar esta selección en la forma que adquiriría un opúsculo moderno, clasificando los textos en grandes apartados. Y agradecer al profesor Bentancourt la ayuda que nos ha prestado para la confección de este trabajo.

Víctor SANZ

NOTAS

- (1) Ver la mención en la bibliografía (pp. 75-78). Todos los autores y trabajos citados se incluyen en ella.
- (2) Ver pp. 5-8 de la selección. En adelante, las referencias a la selección serán simplemente indicadas por el número de las páginas correspondientes. Las referencias a la traducción de Rosenthal, de textos no incluidos en la selección, se indicarán mediante la R. inicial, seguida del número del tomo y, finalmente, del de la página.
- (3) Ver todo el desarrollo de esta cuestión en las pp. 170-172 de la obra de Lacoste mencionada en la bibliografía.

\ La historia y el historiador

Si contemplamos este mundo y las criaturas que encierra, comprobaremos que está organizado y sólidamente construido con una trabazón de causas y efectos, una conexión entre las diversas categorías de seres y la transformación de unos seres en otros. (I, 194)

Desde el establecimiento del Islam, los historiadores han recogido exhaustivamente colecciones de acontecimientos históricos, con objeto de consignarlas en forma de libros. Pero, entonces, personas que no tenían ningún derecho a ocuparse de historia, introdujeron en dichos libros indicaciones falsas sacadas de su propia imaginación y tradiciones de débil autoridad, fabricadas o embellecidas. La mayor parte de sus sucesores siguieron sus pasos y nos transmitieron esos relatos tal como ellos los oyeron. No se preocuparon de buscar las causas de los acontecimientos ni pusieron ninguna atención en las circunstancias que con ellos se vinculaban ni eliminaron ni rechazaron las historias absurdas. (I, 6-7).

Los historiadores más recientes se atienen todos a la tradición... Describan los cambios en las condiciones y en las costumbres de las naciones y de las razas que el decurso del tiempo ha traído en ellas. Así, presentan la información histórica acerca de las dinastías y las historias de los acontecimientos de los tiempos primitivos como meras formas sin sustancia, como vainas a las que se ha sacado la espada, como conocimientos que debe ser considerado ignorancia porque no se conoce lo que hay en ello de extraño y lo que hay de genuino. Su información concierne a hechos cuyos orígenes no son conocidos, a especies cuyos géneros no han tomado en consideración y cuyas diferencias específicas no han sido verificadas..... Si emprenden describir la historia de una dinastía, ordenan el rela-

to cuidando únicamente de preservarlo tal como lo recibieron, sea imaginario o verídico. No se ocupan de examinar cuál era el origen de esa familia, no indican los motivos que llevaron a esa dinastía a desplegar su bandera y a manifestar su potencia ni la causa que la forzó a detenerse, una vez alcanzado el objetivo. (I, 9-10).

[Pero, en realidad, la historia se caracteriza por el examen y la verificación de los hechos, la precisa investigación de las causas y de los orígenes de las cosas existentes y el conocimiento profundo del cómo y el por qué de los acontecimientos y de sus conexiones. La historia está, pues, firmemente arraigada en la filosofía. Debe ser contada como una rama de ella. (I, 6).]

Es mucha su utilidad y se le asigna una noble finalidad. La historia nos hace conocer las condiciones del pasado de las naciones y cómo se reflejan en su carácter. Nos informa de las biografías de los profetas y de las dinastías y de la política de los soberanos. Cualquiera que lo desee puede así, beneficiarse de su utilidad, siendo capaz de imitar los ejemplos históricos en los asuntos religiosos y temporales. (I, 14).

Escribir historia requiere numerosas fuentes y muy variado conocimiento. Requiere también una buena mente especulativa y profunda. Estas dos cualidades llevan al historiador hacia la verdad y le evitan engaños y errores. Si confía en la información histórica tal como simplemente se la ha hecho llegar la tradición y no tiene un claro conocimiento de los principios que resultan de sus costumbres, los hechos fundamentales de la política, la naturaleza de la civilización o las condiciones que gobiernan la organización social humana y si, además, no juzga por analogía de lo que está lejos por lo que está cerca, si no compara el pasado con el presente, no podrá frecuentemente evitar tropezar, resbalar o desviarse de la gran calzada de la verdad. (Id., id.).

... hoy el erudito en este campo debe conocer los principios de la política, el verdadero carácter de

los acontecimientos y las diferencias entre las naciones, lugares y períodos, en relación con las formas de vida, carácter, cualidades, costumbres, ideas religiosas, escuelas y todo lo demás. Además, necesita conocer y comprender las circunstancias del presente en todos esos aspectos. Debe comparar las semejanzas o diferencias entre las circunstancias presentes y pasadas. Debe conocer las causas de las semejanzas en unos casos y de las diferencias en otros. Debe estar al corriente de los diversos orígenes y comienzos de las distintas dinastías y grupos religiosos, así como de las razones y los incentivos que los han movido y de las circunstancias y la historia de las personas que los apoyaron. Su meta debe ser tener un conocimiento completo de las razones de cada suceso y estar informado del origen de cada acontecimiento. (I, 55).

Debe saberse que el verdadero objeto de la historia es, pues, instruir del estado social del hombre, es decir, de la civilización, como la barbarización o suavización de las costumbres, las manifestaciones del espíritu del cuerpo, el predominio que unos hombres adquieren sobre otros y lo que de ello se desprende en orden a las fundaciones de imperios, dinastías y distinciones de rangos, y aquello en que los hombres se ocupan: adquisición de riquezas, oficios lucrativos, ciencias y oficios y otras vicisitudes que pueden afectar esa civilización en razón de su naturaleza... (I, 71).

La historia se refiere a acontecimientos que son peculiares a una particular edad o raza. La discusión de las condiciones generales de las regiones, razas y períodos, constituye la base del historiador. La mayoría de sus problemas se apoyan en esta base y su información histórica deriva claramente de ella. (I, 63).

De todos los hombres, los sabios son los que menos se adecuan a las formas de la política. La razón de esto es que están acostumbrados a la especulación mental y a buscar conceptos y su abstracción de los datos de los sentidos y su clarificación en la mente como universales generales. Así, pueden ser aplicables a algu

na materia en general; pero no a una particular, individual, raza, nación o grupo de gente. Luego, hacen concordar esas ideas universales, en su mente, con los objetos externos. Comparan también cosas semejantes o parecidas con la ayuda del razonamiento analógico, como se usa en jurisprudencia, que es algo que les es familiar. Todas sus conclusiones y puntos de vista siguen siendo algo en la mente. ... (y) esperan que los hechos del mundo exterior concuerden con ellas, en contraste con las disciplinas intelectuales, donde, con vistas a la profundidad de sus puntos de vista, se espera que estos coincidan con los hechos del mundo exterior. (III, 308-309).

Los políticos están en cambio, deben prestar atención a los hechos del mundo exterior y a las condiciones relacionadas con ellos y de ellas dependientes. Unos y otras son oscuros. Pueden contener algo que haga imposible referirlos a algo parecido y similar o contradiga la idea universal. De hecho, ningún fenómeno social debe ser juzgado por analogía con otros fenómenos, porque, si es similar a ellos en algunos aspectos, puede diferir de ellos en varios otros. (III, 309).

Los sabios están acostumbrados a generalizaciones y construcciones analógicas. Cuando se ocupan de política, circunscriben sus observaciones en el molde de sus puntos de vista y su forma de hacer deducciones. Así, cometen varios errores o no pueden confiar en no cometerlos. Su inteligencia penetrante les conduce a una ocupación escrutadora, con ideas, analogía y comparaciones... (III, 309-310).

El término medio de las personas de una sana disposición y una mediocre inteligencia no tienen la mente para tal especulación y no piensan en ella. Por eso se limitan a considerar cada materia como es y a juzgar cada clase de situación y cada tipo de individuo por sus particulares circunstancias. Su juicio no está infectado por la analogía y la generalización. La mayoría de sus especulaciones se detienen en las materias perceptibles por los sentidos y no van más lejos

en su mente. ... Por eso puede tenerse confianza en tal hombre cuando discurre sobre sus actividades políticas. Tiene el punto de vista correcto al tratar con sus compañeros y por eso tiene éxito en su carrera. (III, 310).

II

Carácter de la obra

Cuando leí los trabajos de los otros y comprobé que vacíos de ayer y de hoy, quedé impresionado ante tan adormecida complacencia. Aunque no tengo mucho de escritor, he mostrado mi habilidad literaria tan bien como pude y, así, he escrito un libro de historia en el que he levantado el velo que cubría los orígenes de las naciones. Lo he dividido en capítulos, de los cuales, unos encierran la exposición de los hechos y los otros, las consideraciones generales. En él he mostrado cómo y por qué las dinastías y la civilización se originan, tomando como base de mi trabajo la historia de las dos razas que constituyen la población del Magreb (1) en nuestro tiempo y han llenado las regiones y las ciudades. He hablado de las dinastías de reinado largo y breve y he señalado los príncipes y los aliados que tuvieron en los tiempos pasados. Esos dos pueblos son los árabes y los bereberes, que son las dos razas conocidas que ocupan el Magreb, durante tantos siglos que apenas se puede imaginar que otros pueblos hayan habitado esta región. ... He ordenado con gran cuidado las cuestiones que se relacionan con el tema de este libro... He seguido un método no usual en el arreglo y la repartición de los capítulos. De varias posibilidades, he elegido un método destacable y original. Tratando de la civilización, del establecimiento de las ciudades y de las características inherentes a la sociedad humana, he mostrado al lector el cómo y el por qué de las cosas y hecho ver por qué vía los fundadores de imperios entraron en la escena de la historia. Así se emancipará (el lector) de toda creencia ciega en la tradición y podrá conocer bien la historia de los si-

glos y de los pueblos que le han precedido y será incluso capaz de prever los acontecimientos que puedan surgir en el porvenir. (I,10-11).

No se omite nada referente al origen de las razas y las dinastías, al sincronismo de las primeras naciones, las razones de los cambios y variaciones en los tiempos pasados y dentro de los grupos religiosos, las dinastías y los grupos religiosos, ciudades y aldeas, fuerza y humillación, grandes y pequeños números, ciencias y oficios, ganancias y pérdidas, cambio de las condiciones generales, vida nómada y sedentaria, actuales y futuros acontecimientos, todas las cosas que se espera ocurran en la civilización. Trato de cada cosa en forma comprensiva y exhaustiva y explico sus argumentos y causas de existencia. (I,13). ... en este libro voy a explicar los varios aspectos de la civilización que afectan a los seres humanos en su organización social, como autoridad real, ocupación provechosa, ciencias y artes, a la luz de varias consideraciones que mostrarán la verdadera naturaleza y el variado conocimiento de la élite y el pueblo, repeliendo temores y apartando dudas. (I,84).

En mi libro trataré todo cuanto de eso me sea posible (el estado del mundo, de los países y de los pueblos, y los cambios operados en los usos y las creencias) en lo referente al Magreb. Lo haré implícitamente o explícitamente en conexión con la historia del Magreb, de acuerdo con mi intención de restringirme en este terreno al Magreb, a las circunstancias de sus razas y naciones y sus súbditos y dinastías, con exclusión de cualquier otra región, por mi falta de conocimiento de las condiciones del Oriente y de sus naciones y por el hecho de que una información de segunda mano no me daría los hechos esenciales que busco. (I,65)

Así, este libro resulta único, pues contiene conocimientos no usuales ni familiares, sino sabiduría ignota. (I,14).

...El tema es, en cierto sentido, una ciencia independiente, pues tiene, en primer lugar, un objeto especial,

Historia

es decir, la civilización humana y las organización social, y, además, trata de varias cuestiones que sirven para exponer sucesivamente los hechos que sobrevienen en la civilización y las condiciones que los caracterizan. Ocorre lo propio con todas las ciencias, tanto - las que se apoyan sobre la autoridad, como las que es tán fundadas sobre la razón (2). (I, 77).

Demstraré que la discusión de este asunto es algo nuevo, extraordinario y sumamente útil. Penetrantes investigaciones han mostrado su camino. No pertenece a la retórica, una de las disciplinas lógicas, puesto que el objeto de ella son las palabras convincentes, me diante las cuales se inclina a la masa a aceptar o no una opinión determinada. Tampoco pertenece a la política, puesto que la política concierne a la administración del país o de la ciudad, según exigencias éticas o filosóficas, con el propósito de dirigir a la masa hacia un esfuerzo que redundará en la preservación y permanencia de la especie humana. (I, 77-78).

Aquí, el objeto es diferente al de esas disciplinas, aunque frecuentemente sea similar. Por un lado, es completamente una ciencia original. De hecho, no he encontrado a nadie que haya discutido estos lineamientos. No sé si porque el pueblo los haya ignorado, y no hay ninguna razón para sospecharlo. Tal vez se haya escrito exhaustivamente sobre este tema sin que esos trabajos hayan llegado hasta nosotros. Hay muchas ciencias. Ha habido numerosos sabios entre las naciones. El conocimiento que nos ha llegado es menor que el que existió. (I, 78).

...Cualquier tema comprensible y real requiere su propia ciencia especial. ... Ahora bien, la ciencia que nos ocupa nos trae provecho alguno salvo para las investigaciones históricas, como el lector habrá podido ya notar; y, aunque las cuestiones ligadas a su esencia y a las circunstancias que le son propias, expresan un noble asunto para el estudio, preciso es confesar que los resultados positivos de ella no ofrecen más que un débil atractivo, puesto que se limitan a la sim

ple comprobación de los hechos. No es mucho; por eso los eruditos pudieron evitar el tema. (I, 79).

Nosotros, por otra parte, estamos inspirados por Dios, que nos lleva a una ciencia cuya verdad decididamente si tuamos adelante. Si tuviera éxito presentando los problemas de esta ciencia exhaustivamente y mostrando cómo difieren, en sus diversos aspectos y características, de las otras ocupaciones, sería debido a la guía divina. Si, al contrario, omito algún punto o si los problemas de esta ciencia se confunden con algunos otros, la tarea correctiva será de la crítica esclarecedora; pero el mérito será mío, desde el momento en que aclaré y marqué el camino. (I, 83)

... Después de todo lo dicho, soy consciente de su im perfección, cuando miro a los eruditos de los tiempos pasados y presentes. Confieso mi falta de habilidad pa ra penetrar en temas tan difíciles. Deseo que los hombres de competencia erudita y amplios conocimientos lo consideren con un ojo más bien crítico que complaciente y que vigilen y corrijan los errores que en en cuentren. El capital de conocimiento que un erudito in dividual puede dar es pequeño. La admisión de esta limitación salva de la censura. (I, 14).

... Quizá alguien que venga después, ayudado por los divinos dones de una profunda inteligencia y una sólida erudición, penetrará en estos problemas con mayores detalles que lo hacemos aquí. Una persona que crea una nueva disciplina no tiene la tarea de enumerar todos los problemas relacionados con ella. Su tarea es especificar el tema de la disciplina y sus varias ramas y las discusiones relacionadas con ello. Sus sucesores, luego, gradualmente, añaden más problemas hasta comple tarla. (III, 481).

III III

DE LA CRITICA HISTORICA

...la autoridad de la verdad es una potencia a la que nadie resiste y el demonio de la falsedad es con-

jurado por las luces de la razón. El simple narrador no hace más que dictar y transmitir los hechos. Corresponde a la perspicacia crítica extraer la verdad oculta, y al conocimiento, establecer, desnudar y pulir la verdad, pudiendo así aplicarse a ella la perspicacia crítica. (I,7).

(El historiador) debe verificar la información transmitida con los principios básicos que conoce. Si llena estos requerimientos... es válido, Si no, debe considerársele como espúreo y dispensarse de él. (I,56).

Historiadores, comentaristas del Corán y primeros transmisores de la tradición, han cometido frecuentes errores en las historias y acontecimientos que contaron. Los aceptan simplemente en la forma transmitida, sin medir su valor. No los confrontan con los principios subyacentes en tales situaciones ni los comparan con material semejante. Tampoco los comprueban con las reglas de la filosofía o con la ayuda del razonamiento y la crítica histórica. Por eso se desvían de la verdad y se encuentran perdidos en el desierto de las afirmaciones sin fundamento y los errores. Tal es especialmente el caso con las cifras o las sumas de dinero o de soldados todas las veces que aparecen en las historias. Ofrecen una gran oportunidad para la falsa información y constituyen un vehículo para las exposiciones absurdas. Deben ser, pues, controlados y verificados con la ayuda de reglas básicas y de principios generales. Por ejemplo, Al Masudi y otros historiadores dicen que Moisés contó el ejército de los israelitas en el desierto. Tomó todos los capaces de llevar armas, especialmente los que tenían 20 años y más, y los pasó en revista. Resultaron ser 600.000 o más. En esta información, Al Masudi olvida tomar en consideración si Egipto y Siria podían haber tenido tal número de soldados. Cada reino tiene un ejército tan numeroso como puede apoyar y mantener; pero no más. Este hecho está atestiguado por costumbres y condiciones muy conocidas. Es más, un ejército de tal envergadura no puede evolucionar o luchar como una unidad. Todo el territo-

rio utilizable sería demasiado pequeño para él. Si es tuviera en formación de batalla, se extendería dos, tres o más veces, más allá del campo de visión. ¿Cómo entonces podrían combatir dos ejércitos semejantes o vencer una formación de batalla, cuando un flanco no sabe lo que está haciendo el otro? La situación actual demuestra la exactitud de tal afirmación. El pasado se parece al futuro más que una gota de agua a otra. Además, el reino de los persas era mucho más grande que el de los israelitas. Este hecho está demostrado por la victoria de Nabucodonosor sobre ellos. ... Sin embargo, el ejército persa no alcanzó tal número ni siquiera aproximado. La mayor concentración de tropas persas, en Al Qadisiya, se elevó a 120.000 hombres, todos los cuales tenían sus servidores. Esto según Sayf (3), que dice que, con sus servidores, alcanzaron más de 200.000 personas. ... Entonces, si los israelitas hubieran alcanzado tal número, la extensión de territorio bajo su dominio hubiera sido mucho mayor, puesto que la extensión de unidades administrativas y provincias bajo una dinastía particular está en proporción directa con la magnitud de su ejército y los grupos que la apoyan, como será explicado... Igualmente, sólo hay tres generaciones entre Moisés e Israel, según los eruditos mejor informados. ... Es improbable que los descendientes de un hombre puedan proliferar en tal forma en cuatro generaciones. Se ha informado que este número de soldados se refiere al tiempo de Salomón y sus sucesores. Pero, aun así, eso es improbable. Entre Salomón e Israel sólo hubo once generaciones... Los descendientes de un hombre en once generaciones no podrían alcanzar tal número, como ha sido afirmado. Pueden, en efecto, llegar a cientos o miles. Eso ocurre frecuentemente. Pero un crecimiento mayor es improbable. La comparación con lo que es observable en nuestros días y hechos semejantes bien conocidos, prueban que la afirmación y la información son falsas.... La mayor parte de los contemporáneos, cuando hablan de los ejércitos dinásticos de su propio tiempo o de los tiempos recientes, cuando entran en discusión acerca de las tropas musulmanas o

cristianas o cuando enumeran las rentas o impuestos y el dinero gastado por los reyes o los desembolsos extravagantes de las personas que viven en el lujo o las mercaderías que los ricos y los hombres opulentos tienen almacenadas, caen generalmente en exageraciones, van más allá de los límites de lo ordinario y sucumben a la tentación del sensacionalismo. Pero, cuando se pregunta a los funcionarios responsables acerca del número de sus tropas o cuando se fijan el activo y las mercaderías de los ricos o cuando se enfocan bajo una luz ordinaria los gastos extravagantes de los derrochadores, nos encontramos con un monto de una décima parte de lo que se había dicho. La razón es simple. Está en el deseo común por el sensacionalismo, la facilidad con la que justamente se puede dar una cifra más alta y en la negligencia de investigadores y críticos, que dejan de ejercitar sus armas sobre tales errores e intenciones, que no se piden a sí mismos moderación y equidad al reproducirlos y no se aplican, a su vez, al estudio y la investigación. (I, 16-20).

...la falsedad se introduce en la relación que se hace de los acontecimientos por el hecho de su misma naturaleza, y eso, por varias razones que lo hacen inevitable.

① Una de ellas es el espíritu de partido respecto de una opinión o doctrina, Cuando el espíritu recibe con imparcialidad una información, la comprueba y la examina como se debe, hasta distinguir claramente si es verídica o falsa. Pero si le ha penetrado el espíritu de partido con respecto a una opinión o una doctrina, acepta de golpe en una información lo que concuerda con esta opinión o esta doctrina: esta inclinación y este espíritu de partido lanzan sobre su ojo un velo que le impide ver claro, no le deja someterla a la crítica ni ponerla a prueba, de forma que admite una opinión falsa y la transmite a otros.

② Otra causa que introduce la falsedad en las informaciones es la excesiva confianza hacia los que las

han transmitido, cuando las fuentes no deben ser aceptadas más que después de una investigación que incluya de las falsedades y la corrección de la distorsión.

3 Una tercera razón de error es la ignorancia de los fines. Muchos de los que transmiten las informaciones no saben con qué objeto han sido hechas las cosas que han observado o de que les han hablado y exponen cada acontecimiento según la manera en que lo han comprendido, y, dejándose llevar por la imaginación, caen en el error.

4 Una cuarta causa de error es la propensión a creer que se detenta la verdad, defecto que es muy común y proviene, en general, de un exceso de confianza en las personas que han transmitido las informaciones.

5 Otra causa es la tendencia que los hombres tienen, en general, a ganar el favor de los hombres importantes y poderosos, discerniéndoles loas y elogios que embellecen los hechos y propagan de esa manera su renombre. Estos relatos, desprovistos de exactitud, tienen una gran publicidad. En efecto, los espíritus se apasionan por los elogios, los hombres ambicionan los bienes del mundo, tales como el rango y las riquezas, y ponen, en general, poco afán en distinguirse por nobles cualidades o en mostrar consideración por las gentes de verdadero mérito.

6 Otra causa todavía que introduce la falsedad en las informaciones -y ésta es más importante que todas las otras- es la ignorancia de los caracteres inherentes a la naturaleza de la civilización. Todo lo que ocurre, sea espontáneamente, sea por efecto de una influencia exterior, tiene un carácter que le es propio, tanto en su esencia como en las circunstancias que lo acompañan: si el hombre que recoge la información de un hecho, está instruido de los caracteres que presentan en la realidad los acontecimientos y las circunstancias y las causas que los producen, este conocimiento le ayuda a hacer la crítica de la información para distinguir lo verdadero de lo falso. Este procedimiento crítico es más eficaz que todos los otros.

Ocurre frecuentemente que se aceptan informaciones

absurdas que se han oído y se transmiten a otros y son tomadas por ellos. (I,71-73).

Parecidos relatos son frecuentes; pero es fácil hacer su crítica cuando se está instruido de los caracteres naturales de la civilización. Este conocimiento es el medio mejor y más seguro para hacer la crítica de las informaciones y hacer la discriminación entre lo que ellas contienen de verídico y lo que se encuentra de falso. Este procedimiento debe ser utilizado incluso antes de tratar de evaluar la credibilidad de los que fueron transmitidos por la tradición; esta última operación no debe tener lugar más que cuando se ha reconocido si la información es verosímil o inverosímil; si es un absurdo, no es necesario proceder a la crítica personal. (I,76).

Siendo así las cosas, el medio para distinguir en una información lo verdadero de lo falso, juzgando según la posibilidad o imposibilidad del hecho, consiste en examinar la sociedad humana, es decir, la civilización, en distinguir, entre las vicisitudes que la afectan, las que son inherentes a su esencia y naturaleza y las que no son más que accidentes que no deben ser tenidos en cuenta y en reconocer lo que no admite. Procediendo así, tendremos una regla para distinguir lo verdadero de lo falso en las informaciones, y la veracidad de la mentira, por un método de demostración que no dejará lugar alguno a la duda. Al oír hablar de algún acontecimiento en materia de civilización, sabremos si debemos aceptarlo o rechazarlo y tendremos así una piedra de toque infalible, gracias a la cual los historiadores podrán elegir con toda seguridad la vía de la verdad o la exactitud, allí donde cuenten según otro. (I,77).

IV

CIVILIZACION BEDUINA Y CIVILIZACION SEDENTARIA

La organización social humana es algo necesario... Esto se explica por el hecho de que Dios creó y modeló al hombre en una forma que sólo le permite vivir y subsistir con la ayuda de la alimentación. Le guió hacia un deseo natu-

ral de alimentos e instigó en él el poder que le capacita para obtenerlos. Pero el poder del ser humano individual es insuficiente para obtener los alimentos que necesita... Por eso se hace necesario que combine sus esfuerzos con los de sus congéneres para obtener su alimentación y la de ellos. Mediante la cooperación, pueden ser satisfechas las necesidades de un número de personas varias veces superior al propio. (I, 89-90).

De la misma forma, cada individuo necesita de la ayuda de sus congéneres para su defensa. ... La agresividad es natural en los seres vivos. Por ello dió Dios a cada uno de ellos un miembro especial para defenderse contra la agresión. Al hombre, por ejemplo, le dió la capacidad del pensamiento y de la mano. Con ayuda de la capacidad de pensar, la mano es capaz de preparar la base de los oficios. Los oficios procuran, a su vez, instrumentos de que se sirve para reemplazar los órganos que habían sido asignados a los otros animales para su defensa. Así, las lanzas ocupan el lugar de los cuernos; las espadas, el de las garras; los escudos, el de la dura y espesa piel, etc. Hay otras cosas semejantes, todas mencionadas en el tratado de Galeno sobre el uso de los miembros. La fuerza de un ser humano individual no puede resistir la de muchos animales, especialmente la de los de presa. El hombre es generalmente incapaz de defenderse de ellos por sí solo. Ni su poder es suficiente para hacer uso de los instrumentos de defensa existentes, porque hay muchos y requieren muchos oficios adicionales. Es absolutamente necesario para el hombre contar con la colaboración de sus congéneres. (I, 90).

Mientras esa cooperación no existe, imposible le será obtener algún alimento o nutrición y la vida no podrá materializarse para él, porque Dios le modeló de forma que debe alimentarse para subsistir. Ni defender por falta de armas. Así, cae presa de los animales y muere mucho antes de lo que le corresponde. En tales circunstancias, la especie humana se hubiera desvanecido. ... Consiguientemente la organización social es necesaria para la especie humana. Sin ella, la existencia de los

seres humanos sería incompleta y no se habría realizado el deseo de Dios de que el mundo contara con los seres humanos y que quedaran como sus representantes sobre la tierra. Este es el significado de la civilización, el objeto de la ciencia de que tratamos. (I,90-91).

... la civilización... significa que los seres humanos viven en común y se establecen juntos en ciudades y aldeas para disfrutar de las ventajas de la sociedad y para la satisfacción de las necesidades humanas, como un resultado de la disposición natural de los seres humanos a la cooperación, con objeto de ser capaces de hacerse un medio de vida, como será explicado. La civilización puede ser civilización beduina (4), que se encuentra en las regiones aisladas y montañas, en aldeas cercanas a pastos convenientes, en regiones perdidas y en las franjas de los desiertos arenosos. O puede ser sedentaria, que es la que se encuentra en las ciudades, los pueblos y las villas y en las pequeñas comunidades que sirven el propósito de protección y fortificación mediante muros. En todas estas diferentes condiciones existen cosas que afectan esencialmente a la civilización en tanto que organización social. (I,84-85).

Trato primeramente de la civilización beduina porque es anterior a cualquier otra, como se verá con claridad más adelante. Por la misma razón, la autoridad real está colocada antes que los países y ciudades. La cuestión de las formas de vida está colocada antes que la de las ciencias porque ganarse la vida es necesario y natural, mientras que el estudio de la ciencia es lujo o conveniencia. Cualquier cosa natural tiene precedencia sobre el lujo. He puesto los oficios junto con las ocupaciones provechosas porque, en varios aspectos y en tanto que conciernen a la civilización, son los últimos, como se verá más claramente después. (I,85).

Las generaciones sucesivas de beduinos y sedentarios son igualmente conformes a la naturaleza. Las diferencias que se observan en los usos y las instituciones de los diversos grupos, son debidas a la forma en que cada uno de ellos provee a su subsistencia: los hombres

no se reúnen en sociedad más que para ayudarse mutuamente a obtenerla. Comienzan por lo indispensable, después buscan lo necesario y, finalmente, lo superfluo. Unos tratan de alcanzar su subsistencia de la agricultura: plantan y siembran. Otros se ocupan en criar determinados animales, como corderos, bueyes, cabras, abejas, gusanos de seda, etc., con objeto de multiplicar los y sacar provecho de ello. Las gentes de estas dos clases se ven obligadas, por necesidad imperiosa, a llevar la vida beduina, porque el campo les ofrece lo que las ciudades no pueden darles: tierras de sementera, campos de cultivo, pastos para sus ganados. Forzados a habitar en el campo por la necesidad de las cosas, su reunión y su solidaridad para la satisfacción de sus necesidades, su subsistencia y su vida en sociedad -alimentación, abrigo y protección contra el frío- no existen más que en la medida necesaria para la conservación de su vida y para obtener tan sólo de qué no morir de hambre, porque, en un principio, son incapaces de lograr nada más. Más tarde, cuando esos buscadores de víveres ven mejorar su situación y afluir, por encima de la necesidad, la abundancia y el bienestar, se sienten inclinados a la tranquilidad y a la calma. Se entreatayudan para obtener más que lo simplemente necesario. Multiplican sus alimentos y vestidos y buscan el refinamiento. Construyen grandes casas. Fundan villas y ciudades con objeto de protegerse en ellas. Después, la comodidad y la abundancia aumentan, aparecen costumbres de lujo, que se desarrollan poderosamente en el refinamiento con que se preparan los alimentos, el mejoramiento de la cocina, el uso de vestidos de ceremonia más hermosos, en sus variedades de seda, brocado y otras hermosas telas. Las casas y los palacios se elevan cada vez más; su arquitectura y amueblamiento se hacen perfectos. Los artesanos adquieren la última mano y, pasando de la potencia al acto, alcanzan la perfección. Viven en palacios y villas en cuyo interior hacen correr el agua; construyen edificios cada vez más altos y compiten en decorarlos con sumo cuidado; se ocupan en mejorar la calidad de los vestidos,

las camas, la valija y en los utensilios que emplean para sus propósitos. Tales son los que se llaman sedentarios, que son los habitantes de las ciudades y de los burgos, algunos de los cuales adoptan oficios para vivir, mientras otros se dedican al comercio. Sus riquezas sobrepasan en valor y extensión a las de los beduinos, pues sus condiciones de vida superan lo estricto necesario y sus medios de existencia están en relación con su fortuna. Resulta de lo que procede, que la vida del campo y la de las ciudades, son dos estados necesarios igualmente conformes con la naturaleza. (I, 249-250).

Hemos mencionado en la sección precedente que los beduinos son las gentes que buscan los medios naturales de subsistencia, dedicándose a la agricultura y la ganadería y cría de animales. ... Para aquellos que obtienen su subsistencia de los cultivos de los granos y de la agricultura, es mejor la vida sedentaria que el nomadismo. Son los habitantes de las aldeas, de los pueblos y de las montañas. (I, 250-251).

Los beduinos son más antiguos que el pueblo sedentario. El desierto es la base y la reserva de la civilización y las ciudades. Hemos dicho que los beduinos se limitan a buscar lo indispensable para su existencia y son inaptos para obtener más, mientras que los habitantes de las ciudades se ocupan de lo que les procura la abundancia y lo superfluo en sus modos de vida y costumbres. No es dudoso que lo indispensable es anterior a lo necesario y a lo superfluo. Y, siendo lo indispensable lo principal, y lo superfluo, que de ello deriva, lo accesorio, resulta que la vida beduina está en la raíz de la vida en las ciudades y las poblaciones sedentarias, y les fué anterior. En efecto, lo primero que busca el hombre es lo indispensable; debe procurárselo antes de pensar en lo superfluo. La rudeza de la vida beduina es, por tanto, anterior a los refinamientos de la vida en las ciudades. Así, vemos que la vida ciudadana es un fin para el rural, que se esfuerza en pos de ella y acaba, gracias a sus esfuerzos, por realizar su objetivo. Tan pronto como el rural ha reunido los medios de la abundancia y ha tomado,

así, las costumbres del lujo, se inclina a la estabilidad y se deja arrastrar a la vida sedentaria. Así ocurre con todas las tribus beduinas. Por el contrario, el habitante de la ciudad no aspira a la vida beduina, a menos que se vea forzado por la necesidad o porque no pueda alcanzar la holgura de que se disfruta en las ciudades. Otro hecho que nos demuestra que la vida del campo es más antigua que la vida en las ciudades y le dió nacimiento, es que si procedemos a una encuesta sobre la población de una ciudad, nos encontraremos con que los antepasados de la mayoría de sus habitantes son descendientes de familias que vivían en los poblados vecinos o en los campos circundantes, que han querido disfrutar de la tranquilidad y el bienestar de la ciudad. (I, 252-53)

Los beduinos están más inclinados al bien que los sedentarios. Ello es debido a que el alma, en el momento de ser creada, está dispuesta a admitir el bien o el mal que se presentan a ella y de los que recibe la huela. Mahoma (que Dios le conceda sus favores y bendiciones) dijo: "Todos los niños nacen con la misma naturaleza; son los padres los que hacen al niño ser judío, cristiano o adorador del fuego." En la medida en que una de las dos cualidades se imprime en el alma, ésta se aleja de la otra y le cuesta más trabajo apropiársela. El hombre inclinado al bien y cuya alma se ha apropiado las costumbres de la virtud, se aleja del mal y encuentra muy difícil recorrer sus caminos. Lo mismo ocurre con el hombre inclinado al mal, si ha tomado las costumbres del mal. Ahora bien, las almas de los habitantes de las ciudades, en razón de los numerosos y variados placeres a que se entregan, de sus costumbres de lujo, de su sed de goces materiales y de su ardor en satisfacer sus pasiones, han sido manchadas por numerosas cualidades malas y censurables. En la medida en que están infectadas por esos defectos se han alejado de los senderos y caminos del bien. Llegan a conducirse sin decoro y así es como se observa que muchos de ellos dicen cosas indecentes en sus reuniones en presencia de aquellos a quienes deberían respetar por su edad y de las mujeres que les ro

dean. Tan fuertes se han hecho en ellos las malas cualidades que les llevan a hacer ostentación de indecencia en palabras y acciones, que el freno del pudor ya no tiene poder sobre ellos. Las gentes del campo, aunque inclinadas también a las cosas de este mundo, no desean más que lo que les es indispensable, no se fijan en el lujo, y, de ninguna manera buscan los medios de saciar sus pasiones o aumentar sus placeres. Su perversión y depravación son mucho menores que las de los habitantes de las ciudades. Están más cerca del estado de naturaleza y más alejados de los defectos que el alma contrae por la frecuencia y villanía de las costumbres censurables. Se les puede, por tanto, enderezar más fácilmente que a las gentes sedentarias. Eso es evidente. Más adelante aparecerá con mayor claridad que la vida en las ciudades marca el punto culminante de la civilización y su desviación hacia el mal. Marca también el summum del mal y el alejamiento del bien. (I, 253-255).

Las gentes del campo son más valientes que las de las ciudades. La causa está en que las gentes de las ciudades se han entregado al reposo y a la tranquilidad, se han pavoneado en el bienestar y la comodidad y han dejado a su gobernador, a su comandante, que les dirige, y a la guardia que les protege, el cuidado de defender sus bienes y personas. Confiados ciegamente en las murallas que les rodean y en las obras avanzadas que les cubren, no se alarman por nada y no buscan perjudicar a los pueblos vecinos (5). Quietos y confiados, han renunciado al empleo de las armas. Han dejado tras de ellos una posteridad que se les parece y se han hecho semejantes a las mujeres y a los niños, que están a la carga del jefe de familia. Viven en un estado de despreocupación que se ha convertido en una segunda naturaleza. En cambio, los beduinos aislados de las agrupaciones, que viven alejados salvaje en los grandes espacios, alejados de toda guardia, fuera de murallas y puertas, aseguran su propia defensa y no descargan este cuidado sobre nadie, pues sólo tienen confianza en sí mismos a este respecto. ... La fuerza ha venido a ser para ellos una cualidad innata y el valor, una segunda naturaleza. Y a ellos recurren cada vez que

se les llama o se les lanza un grito de alarma. ... La causa de todo es la que hemos expuesto. La razón está en que el hombre es hijo de sus costumbres y de sus usos y no de su naturaleza ni de su temperamento. Las cosas a las que uno se acostumbra, crean nuevas facultades, una segunda naturaleza, que reemplaza la naturaleza innata. Si estudiamos esto en los seres humanos encontraremos que es una observación las más de las veces correcta. (I, 257-258).

-V-

INFLUENCIA DEL CLIMA Y DE LA ALIMENTACION

Algunos genealogistas, que no tienen ningún conocimiento de la naturaleza de las cosas, se imaginaron que los negros, raza descendiente de Cam, hijo de Noé, recibieron, como carácter distintivo, la negrura de la piel, como consecuencia de la maldición que su padre hizo recaer sobre sus antepasados, que produjo la modificación del color de Cam y la esclavización de su posteridad. A este respecto, propagan historias y cuentos delirantes. Ahora bien, la maldición de Noé contra su hijo Cam se encuentra en la Tora (6) y no se hace en ella ninguna mención del color negro. La maldición de Noé dice únicamente que los descendientes de Cam serán esclavos de los hijos de sus hermanos y nada más. La opinión de los que han dado a Cam ese color negro demuestra la poca atención que prestaban a la naturaleza del calor y del frío y a su influencia sobre la atmósfera y sobre los animales que nacen en ese medio ambiente. Ese color general para los habitantes de la primera y la segunda zonas (7), se debe a la combinación del aire con el calor excesivo que reina en el sur. En efecto, el sol pasa por el cénit en esa región dos veces cada año y a intervalos bastante cortos; mantiene incluso la posición vertical en casi todas las estaciones, de donde resulta una luz muy viva y un calor cons

tante. Este exceso de calor ha dado un tinte negro a su piel. En los dos climas septentrionales... los habitantes tienen la tez blanca porque el aire se ha mezclado con el frío extremo que reina del lado del norte. En esta región el sol permanece casi siempre a la altura de la vista o poco menos, nunca se levanta hasta el cénit ni se aproxima de él. Eso hace que en todas las estaciones el calor sea muy débil y el frío muy intenso, de donde resulta que el color de los habitantes es blanco ... (I, 169-170)

Hemos observado que la naturaleza de los negros está hecha de ligereza, petulancia y una viva alegría, por ello se muestran ávidos de bailar con cualquier ritmo, de manera que, por todas partes tienen una reputación de estupidez. La verdadera causa de este fenómeno es, como ha sido establecido en su lugar por los sabios, que la alegría y el gozo resultan naturalmente de la dilatación y expansión de los espíritus animales, mientras que la tristeza deriva de la causa contraria, es decir de la contracción y la condensación de esos espíritus. ... De la misma forma, el carácter de los habitantes de las regiones costeras se aproxima un poco a éste. Como el aire que respiran está muy caliente por influencia de la luz y de los rayos solares que refleja la superficie del mar, la parte que tienen en los sentimientos de gozo y alegría resultantes del calor, está más extendida en ellos que en los habitantes de las altas llanuras y de las montañas frías. (I, 174-175).

... los árabes beduinos que recorren las regiones del desierto... a los que faltan enteramente los granos y los condimentos, sobrepasan en cualidades físicas y morales a los habitantes de las colinas, que viven con gran bienestar; su tez es más fresca; sus cuerpos, más sanos, mejor proporcionados y más hermosos; muestran un mayor equilibrio de carácter y una inteligencia más viva en la comprensión y asimilación de conocimientos. ... Me parece que la causa de este fenómeno reside en que la a abundancia de nutrición y los principios húmedos encerrados en los alimentos, engendran en los cuerpos secrereciones superfluas y perniciosas que producen una gordura excesiva y una abundancia de humores pútridos y co-

rrompidos. Eso trae una alteración de la tez y afea las formas del cuerpo, sobrecargándolas de carne... Esos principios húmedos oscurecen el espíritu y la inteligencia por efecto de los vapores perniciosos que envían al cerebro; de ahí resultan el embotamiento del espíritu, la dejadez y un grave ~~ralejamiento~~ ralajamiento del estado normal. La justeza de estas observaciones se reconocen en el examen de los animales... (I,177-178).

Se reconocerá que los mismos efectos se producen en el hombre. Los habitantes de las regiones donde se vive en el bienestar y que abundan en productos agrícolas, en ganados, en condimentos y en frutas, tienen, en general, la reputación de tener el espíritu pesado y el cuerpo groseramente formado. Comparadaa los bereberes, que poseen trigo y condimentos en abundancia, con los pueblos de la misma raza que, como los masmudas (8), los habitantes del Sus y los gomaras, llevan una vida de privaciones y se contentan con cebada o durra por alimento. En lo que respecta a la inteligencia y al cuerpo éstos son muy superiores. Pasa lo mismo con los pueblos del Mogreb, entre los que se encuentra, en general, una abundancia de trigo y de condimentos: comparadles con los habitantes con los habitantes de la España musulmana, a los que falta completamente la manteca, y cuya principal alimentación es la durra. Encontraréis en ellos una vivacidad de espíritu, una ligereza de cuerpo, una aptitud para instruirse, que no se encuentra más que en ellos. La misma relación existe, en todo el Mogreb, entre los habitantes del campo y los de las ciudades. Estos últimos tienen a su disposición tantos condimentos como los campesinos, como ellos, viven en la abundancia; pero hacen sufrir a sus alimentos aprontes, una cocción y un endulzamiento, mediante la mezcla de otros ingredientes, que hacen desaparecer las cualidades groseras y atenúan la consistencia. Ordinariamente se alimentande carne de borrego y gallina y no usan la manteca a causa de su gusto soso. Eso hace que sus comidas reúnan pocas partes húmedas y, como consecuencia, no aporten al cuerpo más que una muy pequeña cantidad de humores superl

de humores superfluos y nocivos; por ello los cuerpos de los habitantes de las ciudades son más delicados que los de los habitantes del campo, cuya vida es más dura. Lo mismo ocurre con los pueblos del desierto que están acostumbrados a soportar el hambre: sus cuerpos no presentan ninguna traza de humores ni espesos ni tenues. (I, 179).

La influencia de la abundancia sobre el estado psicológico se hace sentir incluso en la religión y la práctica religiosa. Sean beduinos o ciudadanos, los que llevan una vida miserable y los que están acostumbrados a soportar el hambre y a renunciar a los placeres, son más religiosos, más dispuestos a darse a una vida devota que los hombres opulentos y abandonados al lujo. Las villas y las ciudades encierran pocos hombres religiosos, en vista de que en ellas reina generalmente una insensibilidad y un espíritu de indiferencia que provienen del uso demasiado abundante de carne, de condimentos y de harina; por eso, los hombres devotos y los ascetas se encuentran, sobre todo, entre los habitantes del campo, cuya alimentación es miserable. De la misma manera se comprueba en una ciudad que la influencia de la alimentación entre los hombres varía según las fluctuaciones del lujo y el bienestar. (I, 179-180)

El principio que debe conocerse para estos alimentos es que hacer o no uso de ellos es una cuestión de costumbre. El que ingiere frecuentemente una alimentación que le conviene, se acostumbra a ella y, si la deja para cambiarla, cae enfermo... Pasa lo mismo con el que se ha acostumbrado a soportar el hambre y a privarse de alimentos, como lo hacen, según dicen, determinados ascetas. Hemos oído, a este respecto, historias asombrosas, a las que apenas se prestaría fe, si no se supiera que son verdaderas. Es la costumbre la que es causa de ello, pues, cuando el hombre se ha acostumbrado a una cosa, ésta se le hace esencial y constituye para él una segunda naturaleza, teniendo en cuenta que la naturaleza humana es susceptible de numerosas modificaciones. Si se acostumbra por grados y por as

cesis a soportar el hambre, esta abstinencia se convertirá para ella en una práctica ordinaria y natural. Se equivocan los médicos pretendiendo que es el hambre lo que hace morir. Eso no ocurre nunca, a menos que se prive al hombre bruscamente de toda clase de alimento. Entonces, los intestinos se cierran completamente y se experimenta una enfermedad que puede conducir a la muerte. Pero cuando la cosa se hace gradualmente y por ascetismo, disminuyendo poco a poco la cantidad de nutrición, como lo hacen los sufíes, la muerte no es de temer. La misma progresión es absolutamente necesaria todavía cuando se quiere renunciar al ascetismo, pues si se volviera súbitamente a la primera manera de alimentarse, se correría riesgo de la vida. (I, 181-182).

Hay que saber que el hambre, siempre que uno pueda acostumbrarse a la abstinencia o a reducir su alimentación, es de todas formas, más favorable para el cuerpo que una superabundancia de alimentos. El hambre actúa favorablemente sobre el cuerpo y el espíritu, mantiene la salud del uno y aclara el otro, como ya hemos dicho. Puede juzgarse de ello por el efecto que los alimentos producen sobre el cuerpo. Hemos observado que los descendientes de los hombres que adoptan como nutrición la carne de muy gruesos animales, toman las cualidades de esos animales. La cosa es evidente si se compara a los beduinos con los habitantes de las ciudades. De la misma manera, los hombres que se alimentan con leche y carne de camello experimentan en su carácter la influencia de esos alimentos y adquieren la paciencia, la resistencia, la fuerza necesaria para llevar fardos, cualidades que son propias de esos animales; sus intestinos adoptan una forma semejante a la de los camellos y se hacen sanos y rudos. ... Cuando vemos las influencias ejercidas por los alimentos sobre los cuerpos, debemos estar convencidos de que el hambre debe producir otros, pues, entre dos contrarios, hay relación constante de influencia y de no influencia. La abstinencia tiene por efecto desembarazar al cuerpo de las superfluidades nocivas y de los

humores turbios que afectan igualmente al cuerpo y al espíritu, lo mismo que la alimentación influye sobre la existencia del cuerpo. (I, 182-183).

V VI

EL ESPIRITU DE CUERPO

Los lazos de la sangre son naturales en los hombres con muy raras excepciones. En virtud de este lazo se experimenta una celosa solicitud por los parientes cuando son víctimas de una iniquidad o amenazados por algún peligro. El pariente, en efecto, se siente ofendido por la injusticia cometida contra otro pariente o por la enemistad que se le ha manifestado y desea interponerse entre él y los peligros. Es una tendencia natural en el hombre desde que existe. Si el parentesco es muy estrecho entre los que se entrecorren para vencer, produciendo así la unión y la fusión, el lazo es entonces manifiesto y apela fuertemente a esa solidaridad en virtud de su sola existencia y de su evidencia. Si el parentesco es bastante alejado se puede llegar a olvidar esta solidaridad hasta cierto punto; pero sigue siendo lo suficientemente conocida como para incitar a prestar asistencia a sus parientes y para evitar la humillación que se resentiría al saber que alguien de su parentesco, a un título cualquiera, es víctima de una iniquidad..... El parentesco consiste en esta unión que hace valer los lazos de la sangre y que lleva al hombre a tomar la defensa del que invoca su socorro; de otra forma, el parentesco no tiene más que un valor imaginario sin ningún contenido real. Para ser útil, debe ligar las afecciones y unir. Si este parentesco es evidente, inclina naturalmente las almas a esta celosa solicitud, como hemos dicho. Si no reposa más que sobre informaciones lejanas, la idea que uno se hace de él se atenúa, su utilidad se escapa y ocuparse de ella es una pena gratuita que entra dentro de los actos de desocupación pro-

hibidos. (I, 264-265).

Son de la misma naturaleza los lazos que nacen del patronazgo y del pacto de alianza, pues el patrón, el cliente o el aliado, experimenta por su cliente, su patrón o su aliado, una celosa afección, a causa de la repugnancia que siente el alma cuando su vecino o su pariente, a cualquier grado que sea, es víctima de una injusticia. Esto se explica por el lazo que une a patrón y emancipados, análogo al de filiación o, al menos, próximo a él. (I, 264)

... las relaciones entre cliente y patrón y la intimidad que vincula al dueño con sus esclavos y sus aliados, pueden ocupar también el lugar de los lazos de la sangre. En efecto, aunque las relaciones de parentesco estén establecidas por la naturaleza, no tienen más que una importancia imaginaria (9), mientras que el verdadero apego resulta de un sentimiento real, fundado sobre la práctica social, la camaradería, una familiaridad prolongada; se forma entre los que se han educado juntos, han tenido la misma nodriza y compartido las otras circunstancias de la muerte y de la vida. Si este apego se establece de tal forma, resultará de él la afección y la cooperación, como se observa en todas partes. Algo similar puede observarse en lo que se refiere a la relación entre dueño y seguidor. Entre ambos se establecen lazos particulares que reemplazan a los de la sangre y consolidan su unión. Así, aunque falte una común descendencia, se encuentran sus frutos. (I, 374).

Sólo las tribus nómadas animadas de espíritu de cuerpo pueden vivir en el desierto. ... Por lo que se refiere a sus campamentos, son defendidos de los ataques exteriores por la guardia del grupo, compuesta por sus mejores guerreros y por los jóvenes conocidos por su valor. Pero su defensa y el contraataque no pueden tener éxito más que si son parientes por línea masculina y pertenecen a la misma filiación. En efecto, he ahí lo que refuerza su impulso y les hace ser temidos, pues de lo que cada uno está orgulloso es de su ascen

dencia y de su grupo. Lo que Dios ha introducido, en el corazón de sus servidores, de simpatía y celosa afec-
ción por sus parientes, forma parte de la naturaleza humana y es por ese medio por el que se sostienen, se ayudan mutuamente a vencer y se hacen temer por el enemigo. (I, 261-263).

Si esto aparece evidente en lo que se refiere al lugar en que uno vive, que exige defensa y protección, aparece todavía con mayor claridad en todas las empre-
sas en que algunos son impulsados por vocación, como la profecía o el establecimiento de una monarquía o de una predicación cualquiera; puesto que sólo se puede alcanzar el resultado en todo eso luchando por obtener lo, porque los hombres están naturalmente inclinados a la resistencia. Y que, para combatir, es necesario contar con la solidaridad del grupo sanguíneo, como hemos dicho anteriormente. (I, 263).

Cuando el que se beneficia del espíritu de cuerpo ha alcanzado cierto rango de autoridad, trata de llegar a un rango más elevado; si llega a la cima de la potencia moral y a ser seguido por los otros y encuentra el medio de obtener eso por la coacción y por la fuerza, no abandona más todavía, tantos atractivos tiene para el alma. Ahora bien, esta meta no puede lograrla más que mediante el espíritu de cuerpo, por el cual obtiene ser seguida por su pueblo. La fuerza obligatoria de la soberanía es, pues, como se ve, el resultado del espíritu de cuerpo. (I, 284).

La propaganda religiosa no puede triunfar sin espíritu de cuerpo. Esto es porque, como ya hemos dicho, las masas no pueden ser impulsadas a la acción más que en virtud del espíritu de cuerpo. Lo que está indicado en la tradición...: "Dios no envió a ningún profeta que no encontrara agradable la protección de su pueblo". Si éste era el caso de los profetas, que son de los seres humanos que más pueden cumplir milagros, con mayor razón puede aplicarse esto a los demás. No puede esperarse de ellos que sean capaces de hacer los milagros de cumplida superioridad sin espíritu de cuer-

po. ... A este capítulo pertenecen los casos de los re
volucionarios que salen del pueblo o de entre los ju-
ristas y se levantan para reformar las malas prácti-
cas. Muchos religiosos que siguen el camino de la re-
ligión se rebelan contra los emires injustos, apelan-
do a la prohibición de la injusticia y la iniquidad e
invitando a la virtud, que Dios recompensará. Estas
gentes logran pronto muchos seguidores y simpatizan-
tes en la granmasa del pueblo; pero corren el riesgo
de ser muertos, y la mayoría de ellos realmente muere
a consecuencia de sus actividades, como pecadores y
sin recompensa, porque Dios no les destinó a tales ac
tividades. El ordena que tales actividades sean empren
didas sólo donde existe la posibilidad de llevarlas a
una conclusión exitosa. ... De la misma forma, los pro
fetas, en su propaganda religiosa, dependen de grupos
y familias, aunque sean los que podrían haber sido apo-
yados con algo existente por Dios, si él lo hubiera de
seado. Pero, en su sabiduría, El permite a los hechos
tomar su curso ordinario. Si alguien que está en el
camino recto, intenta una reforma religiosa de esa ma-
nera, su aislamiento no le permitirá lograr el apoyo
del espíritu de cuerpo y perecerá. Si alguien pretende
simplemente cumplir una reforma religiosa con objeto
de lograr una soberanía política, merece verse trabado
por los obstáculos y caer, víctima de ellos, en la
perdición. La reforma religiosa es un asunto divino
que sólo se realiza con la anuencia y la ayuda de Dios,
gracias a una sincera devoción por él y con buenas in
tenciones hacia los musulmanes. (I, 322-326).

... la verdad que debe conocerse es que ninguna pro
paganda religiosa o política triunfará, a menos que un
potente espíritu de cuerpo apoye las aspiraciones re-
ligiosas y políticas y las defienda contra los que las
rechacen, hasta que se cumpla voluntad de Dios.....
Si es verdad que el Mahdi (10) debe aparecer, no podrá
hacer prevalecer su autoridad salvo que sea uno de los
suyos (los Koraidjitas) y ponga de acuerdo todos los
corazones con la ayuda de Dios, con objeto de arras-

trarles y lograr un poder y un espíritu de cuerpo suficientes para proclamar su causa y ganar adeptos. Ahora bien, si tal fatimida, salido de ellos, trata de propagar su doctrina en un país cualquiera sin recurrir al espíritu de cuerpo ni al poder, invocando sólo su parentesco con la casa del profeta, fracasará. Es una tarea imposible, como hemos demostrado con pruebas irrefragables. (II, 195).

... la gloria tiene una base sobre la que se edifica y por la que se afirma su realidad. Esta base es la filiación y la tribu. Pero la gloria tiene también ramificaciones y complementos, es decir, las buenas cualidades. Pues el espíritu de cuerpo, sin sus cualidades complementarias, sería como un ser humano a quien se hubieran cortado brazos y piernas o que apareciera completamente desnudo en medio de las gentes. (I, 291).

... cuando la ley religiosa censura el espíritu de cuerpo y dice: "Ni tus parientes ni tus hijos te serán útiles (en el día de la Resurrección)", tal afirmación es dirigida contra un espíritu solidario usado con viles propósitos, como era el caso en los tiempos preislámicos. También es dirigida contra un espíritu de cuerpo que hace a una persona orgullosa y superior... En cambio, un espíritu solidario que trabaja en pro de la verdad y por el cumplimiento de los mandamientos divinos es algo deseable. Si se pierde, las leyes religiosas no se mantendrán, porque sólo se realizan gracias al espíritu de cuerpo, como ya se ha dicho anteriormente. (I, 416).

VII

FILOSOFIA DE LA AUTORIDAD

Seasabe que Dios (!exaltado sea!) implantó en el carácter de los hombres el bien y el mal, como dice en el Corán: "Le hemos dirigido en el bien y en el mal". El mal es lo que se contrae más rápidamente cuando el hombre queda abandonado en el campo de sus costumbres

y la obediencia a los mandamientos de la religión no le endreza. Es así como se comporta la gran mayoría, a excepción de los favorecidos por Dios. Entre las cualidades malas que se encuentran en los hombres, hay que citar la injusticia y el odio mutuos. LA AUTORIDAD dirige sus ojos sobre el bien de su semejante, no tarda en dirigir también la mano, a menos que un freno se lo impida (I, 261-262). Hemos indicado, y poblado ya el mundo por la especie humana, la reunión de los hombres en sociedad, como hemos indicado, y poblado ya el mundo por la especie humana, las gentes necesitan un poder que las contenga y mantenga a distancia unos de otros, pues el hombre, en tanto que animal, se ve inclinado, por su naturaleza, a la agresividad y a la injusticia. (I, 91).

Cuando están organizados (los seres humanos) la necesidad exige que traten unos con otros y satisfagan sus necesidades. Cada uno extenderá su mano a todo lo que necesite y tratará simplemente de tomarlo, desde el momento en que la injusticia y la agresividad son propias de la naturaleza animal. Los otros tratarán de impedirlo, tomándolo a su vez, a causa de la ira, el despecho y la humana reacción de fuerza cuando la propiedad personal es amenazada. Esto produce disensión, que lleva a las hostilidades y éstas a los disturbios, al derramamiento de sangre y a la pérdida de la vida, lo que, a su vez, conduce a la destrucción de la especie humana. Que es una de las cosas que el Creador nos ha pedido expresamente conservar. (I, 380-381).

Las armas hechas para la defensa de los seres humanos contra la agresividad de los animales salvajes, no bastan para defenderle de sus semejantes, puesto que todos tienen esas armas a su disposición. Se necesita, por lo tanto, otro medio que pueda evitar esas agresiones mutuas. No podría encontrarse esta potencia coactiva entre las otras especies de animales, puesto que éstos se encuentran lejos de las percepciones y la inspiración humana. Luego la persona que ejerza esta influencia restrictiva ha de ser uno de ellos que les domine y tenga poder y autoridad sobre ellos, con objeto de im

pedir que se ataquen uno a otro. Este es el sentido de la autoridad real. Se ve, según estas observaciones, que la autoridad real es una cualidad natural del hombre que es absolutamente necesaria a su naturaleza. (I, 91-92).

En las villas y las ciudades, la enemistad recíproca de las gentes es contenida por las autoridades y el gobierno, que impiden a la masa de sus administrados atentar los unos contra los otros y actuar por sí mismos con los unos con respecto a los otros. Los administrados se ven impedidos de ser injustos los unos contra los otros por la fuerza y la autoridad pública, a menos que la injusticia no venga del jefe mismo. ... En cuanto a los beduinos, son sus notables y sus jefes los que refrenan sus mutuas agresiones, a causa del gran respeto y de la gran consideración que les profesa naturalmente la masa. (I, 262).

Los filósofos van más lejos. ... En relación con esto, llevan el argumento a sus últimas consecuencias y dicen que los seres humanos necesitan absolutamente alguna autoridad que ejerza una influencia restrictiva. Llegan a decir que tal influencia existe gracias a la ley religiosa ordenada por Dios y revelada al género humano, distinguido del resto por cualidades especiales de guía divina, que Dios le dió, con objeto de que pueda encontrarse sumisos a los otros y prontos a aceptar lo que dice. ... Esta proposición de los filósofos no es lógica, como puede verse. La existencia de la vida humana puede realizarse sin la existencia de la profecía, en virtud de la autoridad impuesta por una sola persona o por la ayuda de la solidaridad social, que compele a los otros a seguirle a donde quiera ir. Los pueblos que tienen un libro revelado y siguen a los profetas son pocos en comparación con los magos (11), que no tienen libros revelados. Estos últimos constituyen la mayoría de los habitantes del mundo. Y esos paganos, no solamente han vivido, sino que han fundado estado y erigido monumentos. Y, hasta nuestros días, forman sociedades en las destempladas zonas del norte y del sur. Su condición no es,

sin embargo, la de la anarquía, en la que nadie ejerciera una influencia coactiva, condición que sería imposible. (I, 92-93).

Este poder coactivo es la realeza, que es un orden de cosas superior a la autoridad de un jefe de tribu, pues esta última autoridad sólo está hecha de potencia moral. Su titular es seguido; pero no puede obligar a la tribu a obedecer sus órdenes. La soberanía, en cambio, es el poder coactivo que impone sus órdenes por la fuerza. (I, 284).

La autoridad real es algo natural en los seres humanos, en razón de su sociabilidad, como hemos dicho. El hombre está más cerca de las buenas cualidades que de las malas. Eso se debe a sus disposiciones naturales, a la fuerza de su lógica y de su razonamiento, ya que el mal le viene únicamente de las fuerzas animales que están en él. Pero, desde el momento en que es un ser humano, está más cerca del bien y de las buenas cualidades. En cuanto a la autoridad real y el poder, no recaen sobre él más que por el hecho de que es hombre, pues son propias del ser humano y no del animal. Entonces, las buenas cualidades que están en él son las que convienen a la autoridad y a la soberanía, que el bien es adecuado a la autoridad política.....

Además, la autoridad política y real están garantizadas por Dios al género humano y sirven como una representación de Dios entre los hombres y de respeto para sus leyes. Ahora bien, como atestiguan la ley religiosa, las leyes divinas que afectan a los hombres son todas para su bien y en pro de sus intereses. Por otra parte, las malas leyes resultan todas de la estupidez y de Satán, en oposición a la predestinación y al poder de Dios, que hace al mismo tiempo el bien y el mal y los predetermina, puesto que no hay más hacedor que él. ... Así se ha hecho claro que las buenas cualidades atestiguan la existencia potencial de la autoridad real en una persona que posee, además, el espíritu de cuerpo. Todas las veces que observamos a quienes poseen espíritu de cuerpo y han logrado el dominio sobre varios paí

ses y naciones, encontramos en ellos un ávido deseo de bondad y buenas cualidades, tales como generosidad, perdón del error, tolerancia hacia el débil, hospitalidad con los huéspedes, apoyo de los dependientes, mantenimiento de los indigentes, paciencia en las circunstancias adversas, fiel cumplimiento de las obligaciones, liberalidad con el dinero para la preservación del honor, respeto por las leyes religiosas y por los sabios que han aprendido en ellas la observación de las cosas que deben y no deben hacerse y que esos sabios prescriben, tener alta estima por los sabios religiosos, creencia en los hombres de religión, veneración por ellos y deseo de recibir sus rezos, aceptación de la verdad en respuesta a los que a ella apelan, bondad y cuidado para con quienes son demasiado débiles para cuidarse de por sí mismos, humildad hacia los pobres, atención a las quejas de los suplicantes, cumplimiento de los deberes de la ley religiosa y culto divino en todos los detalles, evitación del fraude, la astucia y el engaño, y del incumplimiento de las obligaciones y cosas similares. Así sabemos que estas son las cualidades de la soberanía, que las personas calificadas para la autoridad real han obtenido y que les han hecho convertirse en los jefes del pueblo bajo su control o jefes en general. Viceversa, cuando Dios quiere que una nación sea privada de la autoridad real, hace cometer a sus miembros actos censurables y practicar toda clase de vicios. Les llevará a perder completamente las virtudes políticas, que seguirán siendo destruidas hasta que no ejerciten más la autoridad real. Algún otro la ejercerá en su lugar. (I, 291-293).

Los jefes y los emires, que son dueños de las gentes, son un pequeño número en relación con los otros. Por regla general, el hombre está necesariamente bajo la dependencia de otro. Si esta autoridad es suave y justa, si no se tiene que sufrir a causa de sus órdenes o prohibiciones, los que están sometidos a ella cuentan sobre su propio valor o cobardía. Están satisfechos de que ningún freno les retenga y esta confianza en sí mismos se ha convertido en una segunda naturaleza y no conocen

otra cosa. Pero si esta autoridad y sus efectos se apoyan en la coacción, la tiranía y el temor, su energía quedará rota y desaparecerá su resistencia, a causa de la inercia que eso hace nacer en las almas oprimidas, como demostraremos. ... Si la autoridad se mantiene por los castigos, el valor queda completamente destruido, pues cuando el castigo recae sobre un hombre que no puede defenderse, le inflige una humillación que, sin duda alguna, destroza el ardor de su valentía. Si la autoridad se apoya en la instrucción y la educación y comienza desde la infancia, dejará algunas trazas en los espíritus, porque el hombre habrá sido educado en el temor y la obediencia y no contará en absoluto con su valor personal. Por eso encontramos en los árabes más salvajes, en los beduinos, mucho más valor que en las gentes sometidas a la autoridad. Por eso observamos que las gentes que desde su infancia están sometidas a una autoridad que trata de formar sus costumbres y enseñarles las artes, las ciencias y las prácticas de la religión ven considerablemente disminuido su valor y apenas pueden apartar la agresión de cualquier manera que sea. ... No neguéis la justeza de lo que precede prevaleciendo del caso de los Compañeros (12), que, bien que sometidos a la autoridad de la religión y del derecho revelado, conservaron intacta su valentía a pesar de todo. Mas aún, eran los más valientes de todos. En efecto, cuando los musulmanes recibieron su religión del Legislador inspirado, encontraron en ellos mismos el freno que debía contenerles en esta religión, a causa de las promesas y de las amenazas de que habían sido instruidos. Ese freno no fué el resultado de una enseñanza profesional o de una educación recibida, sino de los preceptos de la religión y de sus reglas morales transmitidas por tradición. Se conformaron a él a causa de los dogmas de la fe y la fidelidad islámicas, profundamente anclados en sus almas. El ardor de su valentía permaneció, pues, inquebrantable y al abrigo de los ataques de la educación y la autoridad. Omar (!que Dios le acepte!) dijo: "Los que no han sido corregidos por el derecho de la fuente divina no han sido corregidos

por Dios", queriendo que cada uno encontrara su freno en sí mismo y convencido de que el Legislador inspirado era el que mejor informado estaba de los intereses de las criaturas. ... Resulta que la autoridad de los poderes públicos y de los maestros de la enseñanza es funesta para el valor personal, porque el freno que aporta es un freno exterior. Por el contrario, la autoridad de la fe religiosa no tiene ese efecto destructivo porque su freno es interior. Por eso las órdenes de los sultanes y los maestros influyen en los sedentarios, debilitando su valentía y embotando su carácter, porque sufren esta autoridad en su infancia y en su edad madura. Los beduinos están al abrigo de ella, a causa del alejamiento de las prescripciones de la autoridad pública, así como de la instrucción y la educación? (I, 258-261).

La exagerada dureza es nociva para la autoridad real y, en la mayor parte de los casos, provoca su destrucción. Debe saberse que no es la persona del sultán ni su buen aspecto ni su belleza ni su hermoso talle ni su gran saber ni la elegancia de su escritura ni la penetración de su ingenio lo que es útil a sus súbditos, sino las relaciones que existen entre él y ellos. La autoridad real y gubernamental es algo que implica cierta relación entre dos correlativos. ... En tanto que continúa siendo buena y bienhechora, toda la ventaja es para los súbditos; mala y arbitraria, les perjudica y puede traer su ruina. La buena autoridad es, pues, el equivalente de la suavidad. Cuando un soberano se muestra violento, pronto a castigar, presuroso en buscar las faltas de sus súbditos y tener en cuenta sus acciones responsables, el pueblo, espantado y humillado, busca refugio en la mentira, la astucia y el engaño, que se convierten entonces, para él, en una segunda naturaleza. Así, el espíritu y la moralidad de los súbditos se corrompen. Sucede que llegan a traicionar a sus jefes en los campos de batalla y cuando se trata de rechazar al enemigo, y, como sus intenciones están pervertidas, la defensa del país deja de estar asegurada. Pueden llegar a conspirar contra el soberano para asesinarle. El desorden domina a la dinastía y su protección se

hunde. Si, por el contrario, su reinado tiránico se prolonga, el espíritu de cuerpo se altera, como hemos dicho, y las fronteras son violadas por falta de defensores. En cambio, el soberano que gobierna a sus súbditos con benevolencia y pasa por alto sus pequeñas faltas, gana su confianza y se convierte en su refugio. Le profesan una gran afección y tratan de morir por él, combatiendo a sus enemigos. Su autoridad se mantiene por todas partes. La cualidad de tal reinado tiene como consecuencia la suavidad que muestra el soberano hacia su pueblo y el celo que pone en protegerlo, pues la esencia de la soberanía reside en esta protección. (I, 382-384).

Debe saberse que una persona alerta y muy sagaz raramente tiene el hábito de la suavidad. La suavidad se encuentra en las personas descuidadas e indiferentes. La menor de las desventajas de la perspicacia de un gobernante, es que impone a sus súbditos más tareas más allá de su capacidad, porque está al corriente de las cosas que ellos no perdiben y, gracias a su genio, prevé el resultado de las cosas que están en sus comienzos. Las exigencias excesivas del soberano pueden llevar a sus súbditos a la ruina. Mahoma dijo: "Seguid la marcha de los más débiles de entre vosotros." (I, 384).

La existencia y la persistencia de la especie humana sólo pueden realizarse gracias a la cooperación de todos los hombres en pro de lo que es bueno para ellos. Pero tal cooperación es obtenida por el uso de la fuerza, desde el momento en que los hombres son muy ignorantes de los intereses de la especie y que les ha sido concedida la libertad de elegir en sus acciones como un resultado del razonamiento y la reflexión y no de un impulso natural. Se niegan a la cooperación. Por eso hay que obligarles y necesitan la intervención de alguien que deba emplear la fuerza contra sus semejantes en su interés y por el cumplimiento de la voluntad de Dios, cuya sabiduría ordena la conservación de la especie humana. ... Es, pues, evi

dente que el rango significa el poder que permite al hombre dominar a los semejantes que le están subordinados, hacerles actuar conforme a lo que autoriza y a lo que defiende y tener sobre ellos la fuerte superioridad a fin de que rechacen lo que les es nocivo y se procuren lo que les útil. Este poder debe ejercerse de una manera equitativa y conforme a las prescripciones, sea de la ley divina, sea de la ley del estado; pero se emplea también en los propios intereses. De todas formas, ha sido especialmente establecido por la divina providencia para ser empleado de la manera primeramente indicada; su otro empleo no es más que un accidente que se presenta, lo mismo que el mal se introduce en las leyes establecidas por la voluntad de Dios. En efecto, la existencia de un gran bien no puede tener lugar sin que se encuentre en él un poco de mal, lo que es el resultado de la materia. El bien no desaparece por eso; existe realmente, a pesar de la pequeña cantidad de mal que contiene. He ahí cómo se explica la introducción de la injusticia en la creación. Que el lector comprenda bien esto. (II, 329-330).

Como ya se ha dicho, el verdadero significado de la autoridad real es ser una organización necesaria al género humano, que requiere superioridad y fuerza, que son manifestaciones de la cólera y la animalidad de la naturaleza humana. Las decisiones del soberano se desviarán generalmente de lo que es derecho. Será ruinoso para los asuntos temporales del pueblo bajo su control, desde el momento en que, en general, les obliga a ejecutar sus intenciones y deseos, lo que puede estar más allá de su capacidad. Esta situación variará según la diferencia de intenciones existentes en las distintas generaciones. Pero, por esta razón, es difícil serle obediente. La desobediencia se hace perceptible y conduce a disturbios y derramamiento de sangre. Por eso es necesario referirse a normas políticas ordenadas que son aceptadas por la masa y a las que las leyes se someten. ... La dinastía que no tiene una política basada en ellas, no puede tener pleno éxito en establecer la supremacía de su gobierno. ... Si esas normas son ordenadas por personali-

dades inteligentes e influyentes y los mejores cerebros de la dinastía, el resultado será una institución política basada en fundamentos racionales. Si son ordenadas por Dios, por intermedio de un legislador que las establece como leyes religiosas, el resultado será una institución política asentada sobre bases religiosas, que será útil para la vida en este y en el otro mundo. Esto es porque los designios de los seres humanos no se limitan a su bienestar terrenal. Todo este mundo es insignificante y fútil. Termina en la muerte y la aniquilación.

... El designio de los seres humanos es su religión, que les conduce a la felicidad en el otro mundo... Por eso la ley religiosa tiene como propósito hacer seguir a los seres humanos tal camino en toda su conducta para con Dios y sus congéneres. Esta situación se aplica también a la autoridad real, que es natural en la organización humana. La ley religiosa guía a través del sendero de la religión, así, todo estará bajo su supervisión. Todo lo que es dictado por la fuerza, la superioridad o el libre juego de la ira, es tiranía e injusticia y considerado reprehensible por aquélla, así como por las exigencias de la sabiduría política. De la misma forma, todo lo que es dictado por consideraciones políticas o las decisiones políticas sin supervisión de la ley religiosa, es también reprehensible porque es una visión que carece de la divina luz. ... Las leyes políticas consideran sólo los intereses terrenales. ... En cambio, la intención del Legislador, con respecto al género humano, es su bienestar en el otro mundo. Por eso es necesario, por la verdadera naturaleza de las leyes religiosas, hacer que la masa actúe de acuerdo con ellas en todos los asuntos que conciernen a este mundo y al otro. (I, 385-387).

Debe saberse que la ley religiosa no censura la autoridad real como no prohíbe su ejercicio. Simplemente censura los males que resultan de ella, como la tiranía, la injusticia y la búsqueda de los placeres. Aquí, sin ninguna duda, tenemos males prohibidos concomitantes

con la autoridad real. Luego la censura que va unida a la autoridad real sólo recae sobre algunas de sus cualidades y condiciones y no de las otras. (I,391).

... cuando el Legislador censura a la autoridad real, no la censura porque obtenga superioridad hacia la verdad ni porque fuerce a las grandes masas a aceptar la fe ni porque cuide los intereses públicos. La censura porque obtenga la superioridad por medios viles y porque emplee a los seres humanos para complacencias en los deseos y propósitos egoístas, como ya se ha dicho. (I,416).

VIII

DINAMICA DE LOS IMPERIOS.

... como hemos dicho, la autoridad real se funda en el espíritu de cuerpo. Este es algo compuesto de la reunión de varios grupos, uno de los cuales se hace superior a los otros y finalmente llega a dominarlos y absorberlos, formando así una asociación que asegura la victoria sobre otros pueblos y dinastías. (I,336).

En una misma tribu, incluso si está compuesta de varias familias separadas y de numerosas filiaciones combinadas, es indispensable que una de las filiaciones sea más fuerte que las otras, las domine, las obligue a la obediencia. Todas esas filiaciones se fusionan en ella, la cual se hace como si no fuera más que una sola filiación mayor. Sin lo cual, la división se introduce, abriendo la vía a las disensiones y a las disputas. (I,284-285).

... uno de los varios espíritus de cuerpo tribales debe ser superior a los otros para ser capaz de juntar los, unirlos y soldarlos en un espíritu de cuerpo que comprenda los de los distintos grupos. Todos ellos están entonces bajo la influencia del espíritu de cuerpo superior. Este espíritu de cuerpo superior es pró-

pio solamente de los individuos que forman parte de una "casa" y que son hombres de mando. En dicha casa, es preciso que uno de sus miembros tenga poder sobre los otros. Este individuo, superior por el nacimiento a todos los otros, es designado como la única encarnación de los espíritus de cuerpo particulares. Como la altivez y el orgullo son sentimientos naturales a la especie animal, una vez designado, el jefe no consiente en compartir el poder con otro ni en permitirle mandar o administrar a su lado. Así se desarrolla el culto en sí, sentimiento que está en la naturaleza del hombre; además, la política exige la unidad de poder, pues la multiplicidad de los gobernantes perjudica a la comunidad. (I, 337).

Si el poder coactivo es obtenido por esta filiación en su pueblo, tratará naturalmente de obtener el poder de obligar sobre las gentes de otra filiación extraña a ella. Si los dos antagonistas son iguales en fuerza y medios de resistencia, siguen siendo rivales y antagonistas, y cada uno de ellos, queda dueño de sus posesiones y de su pueblo. Es la suerte de las tribus y de los pueblos esparcidos por el mundo. Si una de ellas llega a vencer a la otra y a hacerse obedecer, la absorbe también en su seno y añade una fuerza su propia fuerza para imponerse. Prosigue un fin de conquista y de mando más elevado y lejano que el fin primero. Siempre ocurre así hasta que su fuerza iguala a la de la dinastía reinante que va hacia la decrepitud. Si ésta no encuentra sostén entre los adeptos de la dinastía, la tribu la somete y le retira el mando, de forma que la realza entera pasa a sus manos. Pero si, estando en el apogeo de su fuerza, su acción no corresponde al estado de decrepitud de la dinastía, sino solamente a la necesidad de ésta de apoyarse sobre gentes unidas por espíritu de cuerpo, la dinastía entonces, la coloca entre sus aliados y hace de ella su sostén contra lo que se opone a sus designios. Esto es entonces, otro poder monárquico inferior al poder monárquico absoluto. (I, 285).

...puesto que la Beduinidad inspira el valor, no hay

duda ~~de~~ que el grupo humano salvaje es más valiente que los otros. Es el más capaz de imponerse y despojar a los otros pueblos de lo que tienen entre las manos. Mejor aún, cada pueblo varía en eso según las épocas. Cada vez que se instala en las tierras fértiles y nada en la abundancia, que contrae costumbres de prosperidad y bienestar, ve su valentía disminuir en la medida en que disminuyen su salvajismo y su beduinidad. ... Esto es debido al hecho de que la naturaleza y las disposiciones del hombre son simplemente el resultado de las costumbres. Si la conquista no queda asegurada a los pueblos más que por la audacia y la bravura, sólo los que pertenecen a los pueblos más nómadas y salvajes están seguros de conquistar a los que lo son menos, si son iguales en número e iguales en la potencia del espíritu de cuerpo. (I, 282-283).

Cuando las tendencias naturales de la autoridad real, reclamando todo el poder para sí y obteniendo el lujo y la tranquilidad, han quedado fuertemente establecidas, la monarquía se aproxima a la snilidad. Esto es debido a distintas causas. Primero, por la concentración del poder. Tanto tiempo como la gloria es propiedad común del grupo y todos sus miembros hacen un esfuerzo idéntico por conseguirla, sus aspiraciones de lograr la superioridad sobre los otros y defender sus propias posesiones se expresan con una gran indisciplina y falta de autoridad. Todos pretenden a la fama. Por eso encuentran la muerte persiguiendo la gloria y prefieren el aniquilamiento a su pérdida. Pero cuando uno de ellos pretende obtener toda la gloria para sí mismo, trata de frenar las voluntades de los otros y destruye su espíritu solidario. (I, 339).

Así las aspiraciones de los diversos espíritus de cuerpo se embotan. La gente se amansa y no aspira a participar del dominio con el jefe. Su espíritu de cuerpo se ve obligado a refrenar sus aspiraciones. El jefe toma todo el poder a su cargo en la máxima medida posible, no dejando nada a los otros. Entonces reclama toda la gloria para sí y no permite al pueblo que participe de ella. Esto puede ocurrir ya con el primer gobernante de la monarquía o sólo con el segundo o el tercero, dependiendo de

la resistencia y la fuerza de los distintos espíritus de cuerpo; pero es algo inevitable en una dinastía. Así procede Dios con sus servidores. (I,337).

Además, los excluye de la riqueza, que se apropia él solo. La gente entonces se hace demasiado perezosa para cuidar de la fama. Se desalientan y llega a gustarles la humildad y la servidumbre. La próxima generación de los miembros de la dinastía crece en esa atmósfera, considerando las dotaciones de los reyes como una recompensa por la protección y ayuda que les dan y son incapaces de concebir cualquier otro orden de cosas. Pero una persona a sueldo raramente irá hasta el sacrificio de su vida. Esto debilita a la monarquía y mina su fuerza. Su espíritu de cuerpo decae porque el pueblo que lo representa ha perdido su energía. Consecuentemente, la monarquía camina hacia la debilidad y la senilidad.

La segunda razón es que... la autoridad real requiere el lujo por su propia naturaleza. La gente se acostumbra a un gran número de cosas; sus gastos son más altos que sus ingresos y su renta no es suficiente para pagarlos. Los que son pobres mueren. Los pródigos malgastan sus rentas en lujos. Esto se agrava en las generaciones sucesivas. Finalmente, todas sus rentas no pueden pagar los lujos. Y otras cosas que se usan y que aumentan necesariamente. Cuando los gobernantes les reclaman costear los gastos de algaradas y guerras, carecen de dinero para hacerlo. Por eso los gobernantes imponen multas sobre el pueblo y privan a muchos de sus miembros de sus propiedades, ya sea apropiándose las para ellos mismos o para sus propios hijos y sostenedores de la monarquía. De esta forma debilitan demasiado al pueblo económicamente y su debilidad reacciona sobre sus gobernantes, debilitándoles a ellos también. También cuando el lujo aumenta en una monarquía y las rentas del pueblo se hacen insuficientes para sus necesidades y gastos, el gobernante hace aumentar sus dotaciones con objeto de superar y remediar su mala condición. Sin embargo, el monto de los impuestos es fijo, ni aumenta ni disminuye, e incluso si se impusieran nuevos impuestos su aumento sería sólo limitado. Y,

cuando las rentas impositivas deben emplearse en pagar las dotaciones que han sido aumentadas para cada cual, en vista de los nuevos lujos y los grandes gastos, los soldados disminuyen en número con respecto a los que habían existido antes del aumento de las dotaciones. Mientras tanto, el lujo aumenta todavía; como consecuencia, las dotaciones se hacen mayores y menor el número de soldados. Ello ocurre una tercera y una cuarta vez. Finalmente, el ejército queda reducido a la mínima extensión posible. La consecuencia es que la defensa militar de la dinastía se ha debilitado y el poder de la monarquía declina. Dinastías vecinas o grupos y tribus bajo dominio de la misma dinastía, se envalentonan y la atacan y Dios permite que sufran la destrucción a que ha destinado a todas sus criaturas. Además, el lujo corrompe el carácter. A causa de él el alma adquiere una serie de males y de costumbres sofisticadas, como será indicado en la sección referente a la cultura sedentaria. ... La monarquía muestra signos de disolución y desintegración. Se ve afectada por los males crónicos de la senilidad y, finalmente, muere.

En tercer lugar... la autoridad real requiere tranquilidad. Cuando el pueblo se acostumbra a la tranquilidad y al descanso y los adopta como rasgos de carácter, vienen a ser como parte de su naturaleza, como pasa con todos los hábitos. Las nuevas generaciones crecen en el confort y en la facilidad del lujo y la tranquilidad. Los rasgos de salvajismo se transforman. Se olvidan las costumbres de la vida del desierto, que capacitaron para alcanzar la autoridad real, como la gran energía, el hábito de rapacidad y la capacidad de viajar en la soledad y encontrar su propio camino en las regiones perdidas. ... Sus defensas militares se debilitan, su energía está perdida y su fuerza minada. Los malos efectos de esta situación sobre la dinastía, la muestran en la forma de la sinilidad. Mientras tanto, el pueblo sigue adoptando nuevas formas de lujo y cultura sedentaria y de apaciguamiento, tranquilidad y mollicie en todas sus condiciones y cayendo más profundamente en ellas. Así se hacen extraños a la vida y la dureza del desierto. Gradualmente, pierden más y más las viejas virtudes, olvi

dan la bravura, que fué su protección y defensa. Finalmente, vienen a depender de cualquier otro ejército (de mercenarios), si tienen alguno. (I, 339-342).

...la meta de la civilización es la cultura sedentaria y el lujo. Cuando la civilización alcanza esa meta, se inclina hacia la corrupción y comienza a hacerse senil, como ocurre en la vida natural de los seres vivos. En efecto, podemos decir que las cualidades de carácter resultantes de la cultura sedentaria y el lujo, son idénticas a la corrupción. Un hombre sólo es un hombre entanto que es capaz de procurarse a sí mismo las cosas útiles y rechazar las nocivas, y en tanto que su carácter es apropiado para esforzarse a ese efecto. La persona sedentaria no puede cuidar de sus necesidades personalmente. Puede ser demasiado débil, a causa de la tranquilidad de que goza. O puede ser demasiado orgullosa por haber alcanzado la prosperidad y el lujo. Ambas cosas son censurables. Tampoco es capaz de rechazar las cosas nocivas, porque no tiene ningún valor, como consecuencia de su vida de lujo y de haber crecido bajo el impacto de la educación y la instrucción. Así, se ha ce dependiente de una fuerza protectora que lo defienda. (II, 296)

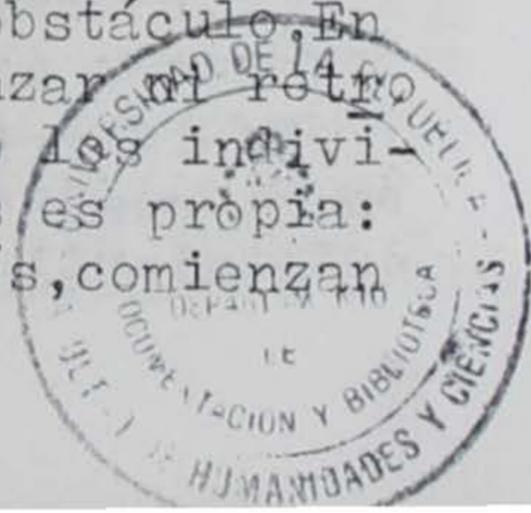
... la duración de una dinastía no sobrepasa ordinariamente tres generaciones. En efecto, la primera generación conserva los caracteres de un pueblo nómada, como la rudeza, el estado salvaje, debidos a una vida de privación, la bravura, la rapacidad y la costumbre de compartir la autoridad; también la fuerza del espíritu de clan sigue siendo viva entre ellos; su sable permanece siempre afilado; su vecindad, temible, y así triunfan sobre los otros.

El ejercicio del poder y el bienestar actúan sobre el comportamiento de la segunda generación; en ella las costumbres de la vida nómada son reemplazadas por las de la vida sedentaria, la penuria cede el lugar al desahogo y la abundancia y la comunidad del poder a la autocracia, despreciando los súbditos esforzarse por conservar la autoridad y, en fin, el amor de dominio cede el lugar a la humildad y la sumisión. La fuerza del espíritu solidario se debilita en cierta escala; pero esta generación,

a pesar de su humillación, conserva todavía una parte considerable, que le viene de la generación anterior. Ha conocido directamente sus condiciones de existencia y observado su potencia, su procura de la gloria, su ardor en rechazar al enemigo y en defenderse. Por lo que, pese a todo, no puede perder ese espíritu completamente. Espera incluso recuperar un día todos esos rasgos de carácter, tal vez piensa que los posee todavía.

La tercera generación ha olvidado completamente los tiempos del nomadismo y su rudeza, como si nunca hubieran existido; no reconoce ya el gusto de la grandeza y del espíritu de cuerpo, acostumbrada como está, a sufrir el yugo de un dueño y sumida en la vida de delicias y de bienestar que le procura una comodidad extrema. Hombres de esta especie son una carga para la dinastía; como las mujeres y los niños, tienen necesidad de protección; en ellos, el espíritu de cuerpo se extingue completamente; el valor de defenderse, de rechazar al enemigo o de atacarle, les falta... El soberano se ve obligado entonces, a recurrir a extranjeros de una reconocida bravura, a rodearse de numerosos clientes y a pagar mercenarios en número más o menos suficiente para la defensa de la dinastía. Dios permite, por fin, que su imperio se extinga y desaparezca. Eso hace ver que, en el espacio de tres generaciones, las dinastías llegan a la decrepitud y cambian enteramente de naturaleza. (I, 344-345).

...la duración de tres generaciones es de 120 años y las dinastías se mantienen ordinariamente durante ese lapso. Eso es un término aproximativo que, sin embargo, puede llegar más pronto o más tarde. Si la existencia de la dinastía se prolonga más, es porque no se piensa en atacarla; pero eso es un caso puramente accidental; la decrepitud le sobreviene siempre y se enseñorea de ella, aunque nadie la haya amenazado. Si un enemigo se hubiera presentado, no habría encontrado ningún obstáculo. En fin, llega su término que nadie podría avanzar ni retroceder de una hora. Luego las dinastías, como los individuos, tienen una existencia, una vida que les es propia: crecen, llegan a la edad de madurez y, después, comienzan



a declinar. Por eso se dice corrientemente que la vida de una dinastía es de cien años. Lo que significa lo mismo que lo que se ha explicado. (I, 346).

La superioridad gracias a la cual se conquista la autoridad real es el resultado del espíritu de cuerpo y de la gran energía y hábitos capaces que le acompañan. Regularmente, estas cosas sólo son posibles en relación con la vida del desierto. La primera fase de las dinastías, por ello, es la vida del desierto. Cuando se obtiene la autoridad real, ésta va acompañada por una ^{vida} vida de comodidad y aumento de oportunidades. La cultura sedentaria es simplemente una diversificación del lujo y un refinado conocimiento de los oficios ejercidos para los diversos aspectos y formas del mismo. Esto concierne, por ejemplo, a la alimentación, al vestido, a la construcción, a la ropa de cama, a los utensilios y otras necesidades del ajuar. Cada una de estas cosas requiere una interdependencia especial de oficios que sirven para refinarlas y perfeccionarlas. Estos oficios aumentan en número con el crecimiento de la variedad de los placeres y diversiones y las formas y medios de gozar de la vida de lujo y de los deseos del alma y con el aumento de las distintas cosas usadas por el pueblo. La fase sedentaria de la autoridad real sigue a la de la vida beduina. Sucede así por necesidad, como consecuencia del hecho de que la autoridad real va necesariamente acompañada por una vida de comodidad. (I, 347).

Debe saberse que una dinastía pasa por fases diferentes y encuentra nuevas condiciones. Los que la sostienen adquieren, en cada nueva fase, caracteres determinados por las condiciones propias de esta fase. Esos caracteres difieren totalmente de los de la fase precedente. En efecto, el carácter de un pueblo está naturalmente en función de la situación en que se encuentra. Las fases y las situaciones no sobrepasan, en general, el número de cinco.

En la primera, la tribu ha obtenido todo lo que deseaba, ha resistido a los ataques, rechazado al enemigo, conquistado el poder, arrancándolo de las manos de la dinas-

tía que lo ejercía. Durante esta fase, el soberano sirve de modelo a su tribu para la conquista de la gloria, la percepción de los impuestos, la defensa del territorio y su protección. No se atribuye exclusivamente ninguna ventaja, pues así lo exige el espíritu de cuerpo, que había conducido a la victoria y que todavía se mantiene.

En la segunda fase, el soberano usurpa toda la autoridad, priva de ella al pueblo y rechaza las tentativas de los que querrían compartir el poder con él. En tanto que dura esta fase, se ocupa de ganar apoyo mediante los beneficios que procura, de hacerse clientes y criaturas en gran número, con objeto de reprimir a las gentes de su clan y su familia, que tienen su mismo origen y los mismos derechos al poder. Acaba por excluirlos de toda autoridad, les mantiene alejados de la fuente del poder y les prohíbe el acceso, con objeto de que la autoridad le pertenezca a él solo. Reserva a las personas de su casa exclusivamente los efectos de su gloria. Prodigas tantos o mayores esfuerzos para luchar contra los miembros de su familia y dominarlos, que los que prodigaron los fundadores de la dinastía en su procura del poder. Estos no tenían que combatir más que a un pueblo extranjero y se habían asegurado la ayuda de partidarios animados todos de un espíritu de cuerpo, mientras que ahora el soberano debe combatir a sus parientes y allegados sin tener otro auxilio que un pequeño número de extranjeros. Y experimenta grandes dificultades.

La tercera fase es un período de ocio y reposo. El soberano goza ahora de los frutos de su poder, que son, conforme a las inclinaciones de la naturaleza humana, la adquisición de bienes, el legado de trazas duraderas de su reinado y una gran fama. Consagra sus esfuerzos al cuidado de hacer entrar los impuestos, estar atento al balance de las cuentas, a verificar los gastos y su afectación. Hace construir vastos edificios, grandes ciudades, monumentos enormes. Colma de dones a los embajadores extranjeros ilustres y a los jefes de tribu, enriquece a sus parientes y prodiga el oro y los honores a sus seguidores y a su corte. Tiene cuidado de hacer la revista de sus tropas y de darles regularmente cada mes un sueldo convenientes. El

resultado aparece en el hermoso porte de los soldados, su equipamiento y sus armas los días de parada. Suscita así la admiración de las dinastías amigas y el espanto en las enemigas. Esta fase marca el apogeo de la soberanía absoluta ejercida por los dueños de la dinastía. Estos, en el curso de esta fase y de las precedentes, conservan su independencia de juicio, construyen su poder y abren la vía a sus sucesores.

La cuarta fase es un período de contentamiento y de paz. El soberano se muestra satisfecho de la obra que sus predecesores han construido, vive en paz con los príncipes capaces de igualarle o rivalizar con él, imita la conducta de sus predecesores, sigue sus trazas paso a paso, imita sus formas con el mayor cuidado, creería perderse si dejara de seguir su ejemplo, convencido de la su discernimiento para elevar su gloria.

La quinta fase trae la prodigalidad y el despilfarro. El soberano dispersa, por sus placeres y la satisfacción de sus pasiones, los tesoros amasados por sus predecesores. Se extiende en generosidades con sus íntimos y familiares. Asegura así los servicios de malos amigos y de una multitud de gentes de clase baja a la que confía los grandes asuntos del estado, que ellos no son capaces de asumir, en los cuales no saben cómo conducirse y que acaban por abandonar. Trata, en fin, de deshacerse de los altos dignatarios y los partidarios de sus predecesores y hace, de ellos, enemigos que no esperan, para traicionarle, más que el momento oportuno. Estropea el espíritu del ejército empleando para sus placeres el dinero que debía servir para el sueldo; nunca se entrevista con los soldados, jamás les interroga sobre sus necesidades. De esta manera, destruye el edificio fundado por sus predecesores y lo arruina. Durante esta fase la dinastía cae en decadencia y experimenta los ataques de una enfermedad crónica, que debe llevársela, que no admite ningún remedio. (I, 353-355).

IX

SOCIOLOGIA DE LA DOMINACION

...los árabes, por su carácter salvaje, son el pueblo menos accesible a la subordinación de unos a otros, a causa de que son rudos, orgullosos, ambiciosos y ávidos de poder, de manera que es raro que una concordancia de sentimientos se produzca entre ellos. Pero si creen en un profeta o un santo, encuentran un regulador en ellos mismos. El orgullo y la rivalidad para obtener el poder se retiran de ellos. Su subordinación y su concordia se ven facilitadas. Lo que resulta del clima religioso que sufren y hace desaparecer su rudeza y arrogancia, refrena su envidia mutua y su espíritu de rivalidad. Si hay, pues, entre ellos, un profeta o un santo que les incite a sostener la causa de Dios, hace desaparecer sus defectos, pone en valor sus cualidades y hace reinar la concordia entre ellos para hacer triunfar la verdad; entonces, su unión se hace perfecta. Efectúan conquistas y fundan una monarquía. (I, 305-306).

... el natural de los árabes les hace incapaces de gobernar un imperio: no pueden alcanzarlo más que después de haber modificado su carácter bajo la influencia de una religión que borre en ellos todos esos defectos, les haga encontrar un freno en su propia conciencia y les impulse a proteger a los hombres unos contra otros... Considera, a título de ejemplo, lo que fué su poder cuando, convertidos en musulmanes, les ofreció la religión una base firme de gobierno en la Ley y en aquellas de sus estipulaciones que salvaguardan... los intereses de la civilización... (I, 307).

En cuanto al espíritu de cuerpo, que ordinariamente sirve a unir a los hombres o a desunirlos, no excitaba entonces una gran atención. En esta época, el Islam

ofrecía una serie de acontecimientos que derogaban el curso ordinario de las cosas. Todos los corazones se habían apresurado a recibirlo; los hombres se disponían a la muerte para sostenerlo, a causa de las cosas que se veían entonces: los ángeles venían a su socorro en los campos de batalla, las noticias les bajaban del cielo, les llegaban comunicaciones de parte de Dios cada vez que un asunto grave se presentaba y se les daba lectura. En esta época no se tenía necesidad de prestar atención al espíritu de cuerpo; era posible pasarse de él porque el pueblo era sumiso y obediente. Por otra parte, tenía, para exaltarse, una serie de milagros inauditos, de manifestaciones divinas, de apariciones repetidas de ángeles que hacían bajar sus miradas y les llenaban sin cesar de asombro. (I, 436-437). Las dinastías de amplio poder y autoridad real, tienen su origen en la religión basada en la profecía o en la propaganda, de la verdad... La propagandanda religiosa da a una dinastía, en sus inicios, un poder adicional al del espíritu de cuerpo, que posee como resultado del número de sus sostenedores. Como se ha mencionado anteriormente, la causa es que el sentimiento religioso dista pa los sentimientos de envidia mutua y deseo que reinan en los pueblos animados por el espíritu de cuerpo. Orienta hacia la sola vía de la verdad. Así, cuando semejante pueblo quiere considerar atentamente su interés, nada puede hacerle obstáculo, pues la vía ofrecida es única y, el fin, similar para todos. (I, 319-320).

Una dinastía mantiene en la obediencia a grupos tan fuertes como ella e incluso más fuertes que ella. Los vence, gracias a las mayores fuerzas extraídas de la religión, aunque les sea inferior en espíritu de cuerpo y aunque tenga, en menor escala que ellos, las costumbres de la vida nómada. (I, 321).

La religión y la organización religiosa constituyen la forma que tiene por materia la existencia de la autoridad real. La forma es anterior a la materia. (I, 305).

Una dinastía es más fuerte en su centro que en sus regiones limítrofes. Cuando ha alcanzado su más amplia

extensión, se hace demasiado débil e incapaz de ir más lejos. Esto puede ser comparado a los rayos de luz que ~~se extienden desde~~ su centro o a los círculos que se extienden sobre la superficie del agua cuando algo la golpea. Cuando la dinastía se hace senil y débil, comienza a pulverizarse en sus extremidades. El centro permanece intacto hasta que Dios permite la destrucción del conjunto. Entonces, el centro es también destruido. Pero cuando una dinastía es invadida en el centro, no es de ninguna utilidad para ella que las áreas más alejadas permanezcan intactas. Todas se disuelven en seguida. El centro es como el corazón desde el que se extiende el espíritu vital. Cuando el corazón es invadido y capturado, todas las extremidades quedan derrotadas. (I, 328-329).

Así, pues, la expansión y el poder de una dinastía están en razón directa del número de los que la fundaron obteniendo la victoria. De eso depende también su duración. La duración de todo lo que viene a la existencia depende de la fuerza de su naturaleza. Pues bien, la naturaleza de las dinastías está fundada sobre el espíritu de cuerpo. A su vez, el espíritu de cuerpo, como hemos dicho, del número de las masas. La razón de que las grandes dinastías sean más duraderas, es que, cuando llega el colapso, comienza en las regiones alejadas y una gran dinastía tiene varias de tales provincias lejos de su centro. Cada defección que ocurre requiere necesariamente cierto tiempo. El tiempo requerido para el colapso será más largo en tales casos porque son varias las provincias, cada uno de cuyos colapsos ocurre a su debido tiempo. (I, 331).

Una dinastía se afirma difícilmente en los países ocupados por numerosas tribus o grupos. Eso proviene de la divergencia de opiniones y tendencias que reinan entre los pueblos. Detrás de cada opinión y tendencia se encuentra un espíritu de cuerpo que las defiende; así, las sublevaciones y las rebeliones son constantes y frecuentes contra la dinastía, incluso si ésta se apoya sobre su espíritu de cuerpo. (I, 332).

En cambio, es fácil establecer una dinastía en países que están libres del espíritu de cuerpo. Gobernar en ellos será un asunto tranquilo, porque las sediciones y rebeliones son pocas y la dinastía no necesita mucho espíritu de cuerpo. (I,334).

Cuando una dinastía está fuertemente establecida puede dispensarse del espíritu de cuerpo. La razón está en que el pueblo encuentra difícil, al principio, someterse a un fuerte poder dinástico, a menos que sea forzado a la sumisión por una fuerte superioridad. El nuevo gobierno es algo extraño, la gente no está familiarizada con él. Pero, una vez que la soberanía está firmemente investida en los miembros de la familia calificada para ejercer la autoridad real en la dinastía y, una vez que ha pasado por herencia a través de varias generaciones y de sucesivas dinastías, los comienzos son olvidados y los miembros de esa familia son claramente señalados como jefes. Ha venido a ser un artículo de fe fuertemente establecido que se les debe servir y estarles sometidos. La gente luchará en su favor como lucharía por artículos de fe. (I,314)

...El lujo da primeramente una fuerza adicional a la monarquía. La razón está en el hecho de que una tribu que obtiene la autoridad real y el lujo, es prolífica y produce muchos hijos y la comunidad aumenta. Así crece el grupo. Además, se adquiere un mayor número de clientes y seguidores. Las nuevas generaciones crecen en un clima de prosperidad y lujo. Gracias a ello, la dinastía gana en número y fuerza porque un mayor número de grupos la constituyen en ese momento como consecuencia del incremento numérico. (I,351-352).

Hemos dicho ya que la civilización de los beduinos es inferior a la de las capitales y ciudades importantes, pues los objetos de primera necesidad de la civilización, no se encuentran todos entre ellos. Se encuentra sólo, en sus campamentos, la actividad agrícola. Pero el material necesario para esta actividad no existe. Ese material proviene, sobre todo, de las artes manuales. Pero carecen de carpinteros, sastres, herre

ros y otros oficios que les proporcionarían las cosas indispensables para la actividad agrícola u otra. ... Por tanto, los beduinos necesitan de las ciudades por el hecho de su existencia. ... Estas disponen de sus intereses y de su sumisión a todo llamamiento y requerimiento. Si en la ciudad existe un rey, se someterán y obedecerán al poder de ese monarca. Si no hay rey, será preciso que se encuentre un mando y una especie de autoridad absoluta establecida por una parte de la población sobre los otros habitantes, sin lo cual, la prosperidad de la ciudad se hundiría. Ese jefe les inclina a obedecerle y a servir sus intereses, ya sea de buena voluntad, por el don de dinero que les hace y por el ofrecimiento de lo que necesitan de su ciudad como objetos de primera necesidad -y entonces su prosperidad subsiste-, ya sea por la fuerza, si es capaz de imponerla, a la necesidad, sembrando la discordia entre ellos hasta que se asegura con un partido interno, gracias al cual se impone a los otros. Estos últimos se resignan entonces a obedecerle porque temen la destrucción de su civilización. Además, les será, sin duda imposible abandonar esta región por otras, pues todas las regiones están llenas de beduinos que son sus dueños e impiden a otros instalarse en ellas. (I, 309-310).

La dinastía que ha construido determinada ciudad puede ser destruida. Ahora bien, las áreas montañosas y llanas que rodean a la ciudad, son un desierto que constantemente provee un influjo de población. Esto, entonces, preservará su existencia y ella continuará viviendo después de que la dinastía haya muerto. ... Pero puede ocurrir que una ciudad fundada por una dinastía destruida, no tenga oportunidad de rellenar su civilización por un constante aflujo de pobladores procedentes del desierto próximo a la ciudad. En este caso, la destrucción de la dinastía les dejará sin protección. No pueden mantenerse. Su civilización decaerá gradualmente hasta que su población se disperse y se vaya. (II, 236).

Debe saberse que "la espada" y "la pluma", son ambos instrumentos que el soberano usa en sus asuntos. De todas formas, en los comienzos de la dinastía, en tanto

que su pueblo está ocupado en establecer el poder, la necesidad de "la espada" es mayor que la de "la pluma". En esta situación, "la pluma" es simplemente una sirviente y una agente de la autoridad del soberano, mientras que "la espada" contribuye a una activa asistencia. ... Lo mismo ocurre al final de la dinastía, cuando su espíritu de cuerpo se debilita, como hemos dicho, y el número de su pueblo decrece, bajo la influencia de la senilidad, como se ha dicho anteriormente. La dinastía necesita entonces un apoyo militar. ... Durante el período medio de la dinastía, en cambio, el soberano goza de cierta independencia con respecto a "la espada". Su poder está firmemente establecido. Su principal deseo es procurarse los frutos de la autoridad real, como cobrar impuestos, propiedad, superar a las otras dinastías y hacer cumplir la ley. La "pluma" es útil para todo eso. Por eso la necesidad de utilizarla aumenta. Las espadas permanecen sin usar en sus vainas, a menos que ocurra algo que haga se apele a ellas para reparar una brecha. No se necesitan para otros fines. En estas circunstancias, los hombres de pluma tienen más autoridad y ocupan un rango más alto. Gozan de mayores beneficios y riqueza y tienen un contacto más estrecho, frecuente e íntimo con el soberano. ... En tal momento se puede prescindir de los ~~visires~~ y militares. Son alejados del círculo íntimo del soberano y tienen que guardarse su genio. (II, 46-47).

La guerra es natural en los seres humanos. Ninguna nación, ninguna generación escapa a ella. Generalmente, la razón es la desconfianza y envidia, o la hostilidad o el celo en favor de Dios y su religión, o en pro de la autoridad real y del esfuerzo por fundar un reino. ... Las ~~dos primeras~~ son injustas e ilegales; las otras dos son santas y justas. (II, 73-74).

No hay certidumbre de victoria en la guerra, ni siquiera cuando se cuenta con el equipo y la fuerza numérica que produce la victoria. La victoria y la superioridad en la guerra vienen del azar y la suerte. Esto se explica por el hecho de que las causas de superioridad son, generalmente, una combinación de varios

factores. Hay factores externos, como el número de soldados, la perfección y la buena calidad de las armas, el número de hombres valientes, orden de la formación de línea, tácticas propias y cosas semejantes. Hay también factores ocultos, que pueden resultar de la astucia y la estratagema humanas, como esparcir noticias y rumores alarmantes para causar defecciones; ocupar puntos altos que permiten atacar desde arriba y sorprender a los que están abajo, haciéndoles abandonar; ocultarse ^{del enemigo} en matorrales o depresiones y en terrenos rocosos, para aparecer súbitamente cuando está en situación precaria, debiendo entonces huir para ponerse en seguridad, y cosas semejantes. Estos factores ocultos pueden ser también cuestiones divinas que el hombre no tiene poder para producir por sí mismo. Afectan al pueblo psicológicamente produciéndole temor. Causan confusión en medio de los ejércitos y les ponen en derrota. Las derrotas son frecuentemente resultado de causas ocultas porque las dos partes hacen un gran uso de ellas en su deseo de victoria. ... Está claro que la superioridad en la guerra es generalmente debida a causas ocultas ocultas y no externas. El que las oportunidades se produzcan como resultado de causas ocultas es lo que significa la palabra "azar", como ha sido demostrado en su lugar. (II, 85-86).

... La suavidad de carácter y la servidumbre destruyen la fuerza y el vigor del espíritu de cuerpo. En efecto, la servidumbre y la suavidad de las gentes que componen la tribu es índice de la desaparición del espíritu de cuerpo. No se han complacido en la docilidad más que después de haberse hecho incapaces de defenderse (I, 287)

El pueblo vencido se muestra siempre ávido de imitar al vencedor en sus marcas distintivas, sus vestidos, sus gustos y en el conjunto de su comportamiento y de sus costumbres. La razón es que el alma humana cree siempre en la perfección del que la ha vencido; se somete a él, sea porque vea en él la realización de la alta opinión que se ha establecido en ella con respecto a él, sea porque busque engañarse diciéndose que su sumisión no es debida a una superioridad natural,

sino sólo a la perfección del vencedor. Si esta errónea opinión llega a fijarse en el alma, se convertirá en una convicción y adoptará todos los modales del vencedor. ~~Y tratará de imitarle en todo lo que él haga, como si él fuera su modelo.~~ ~~Y Dios es el más sabio~~ - que la victoria obtenida por el vencedor no es debida a su espíritu de cuerpo ni al vigor de su valentía, sino sólo a los usos y métodos que practica. ... Hasta el punto de que si una nación tiene como vecina a otra que la domina, será forzosamente ganada por ese deseo de imitación y de parecido, como pasa en nuestra época en España, entre los musulmanes y las poblaciones gallegas (13). Se observa, en efecto, que se esfuerzan por parecérseles en sus trajes e insignias, así como en un gran número de sus usos y comportamientos, hasta adornar sus murallas, sus palacios y sus casas de representaciones figuradas... (I, 299-300).

La decadencia de las dinastías, al ser una cosa natural, se produce de la misma manera que cualquier otro accidente, como por ejemplo, la decrepitud que afecta la constitución de los seres vivos. La decrepitud es una de esas enfermedades crónicas que es imposible curar o hacer desaparecer, pues es una cosa natural y tales cosas no sufren cambio. Varios soberanos de una gran previsión política, habiendo percibido los accidentes y las causas que habían traído la decadencia de sus imperios y creyendo en la posibilidad de hacerla cesar, trataron de curar a la dinastía y restablecerla en el temperamento normal; pensando que esta decadencia había tenido por causa la incapacidad o negligencia de sus predecesores. Se equivocan, sin embargo: los accidentes de que se trata son naturales a las dinastías y lo que impide remediarlos son las costumbres. Las costumbres son una segunda naturaleza: el príncipe, por ejemplo, que ha visto a su padre o a los de más edad de su familia, llevar vestidos de seda y brocado, servirse de armas y arneses adornados de oro y no permitir al público aproximarse a ellos cuando se celebran asambleas o asisten a la oración; este príncipe no puede apartarse de los usos de sus predeceso-

res para vestirse con vestidos groseros, renunciar al ornato y mezclarse con el pueblo. Las tradiciones entonces se lo prohibirían y si intentara superarlas se vería abrumado de reproches; y si, a pesar de todo, lo hiciera, se le trataría de loco y de demoníaco, porque habría bruscamente abandonado los usos recibidos y tendría que temer consecuencias molestas para su autoridad. ... Cuando el espíritu de cuerpo viene a desaparecer, ocurre que la pompa ocupa su lugar en el espíritu de las gentes; pero cuando se renuncia a la pompa al mismo tiempo que se debilita el espíritu de cuerpo, los súbditos se envalentanan contra la dinastía, desde el momento en que la magnificencia ya no hace impresión. El príncipe se ve obligado a rodearse de toda la pompa posible hasta el fin. Algunas veces, cuando la dinastía está en el último período de su existencia, puede desplegar fuerza suficiente para hacer creer que su decadencia está detenida; pero no es más que el último y fugitivo resplandor de una mecha que va a extinguirse. Así, una mecha que se quema, cuando está próxima a extinguirse, lanza un resplandor furtivo, haciendo creer en su fuego en el momento en que expira. (II, 117-118).

La persona a cargo de la dinastía emprende ahora (cuando la monarquía se reduce en sus límites) cambiar las normas que habían sido adoptadas, como su política con respecto a los soldados, el dinero y las funciones administrativas. El propósito es tener normas convenientes para equilibrar el presupuesto, reorganizar el ejército, reformar la administración provincial, distribuir las rentas impositivas para los salarios de los soldados en la manera adecuada y reajustarlo todo sobre las bases que habían existido al comienzo de la dinastía. Pero, a pesar de todos estos cambios, las causas del mal persisten, amenazando al estado por todas partes. En esta etapa tardía, lo que sucedió en la primera ocurre nuevamente. El soberano considera ahora las mismas medidas que el primer soberano ^{había} considerado y aplica el viejo modelo a las nuevas condiciones de la dinastía. Intenta repeler las malas consecuencias de la desintegración, que reaparecen en cada eta-

pa y afectan a cada parte del reino, hasta que el área de la dinastía se reduce de nuevo y lo que había ocurrido antes sucede otra vez. (Los desórdenes se reproducen). Cada una de las personas que cambia las normas observadas por sus predecesores, es, en cárto sentido, el constructor de una nueva dinastía y el fundador de un nuevo reino. De todas formas, la dinastía es finalmente destruida. Las naciones que la rodean se sitúan en superioridad sobre ella y fundan una nueva dinastía propia. Y así cae lo que Dios destinó a caer. (II, 126-127).

En una dinastía afectada de senilidad como resultado del lujo y el descanso, ocurre algunas veces que el gobernante elige sostenedores y partidarios en los grupos no emparentados con la dinastía reinante; pero de los que utiliza su rudéza. Usa a estas gentes como un ejército más capaz de sufrir las durezas de las guerras, el hambre y las privaciones. Ello puede proporcionar un remedio a la senilidad de la monarquía; pero sólo hasta que Dios permita que su mandamiento relativo a dicha dinastía sea ejecutado. (I, 342).

En estas condiciones, el soberano cuida sólo de sus propios seguidores (extranjeros). Les distingue con preferencias y varios honores. Distribuye entre ellos la mayor parte de las propiedades de su propia gente. Les confiere las más importantes posiciones administrativas, como los gargos de visir, general y colector de impuestos, así como títulos reales, que son su prerrogativa y de los que no hace partícipes a su propio pueblo. ...Esto anuncia entonces la destrucción de la dinastía e indica que la enfermedad crónica ha llegado: es el resultado de la pérdida del espíritu de cuerpo sobre el que se había construido su superioridad. Los sentimientos del pueblo y la dinastía se hacen dispares, nocivos, como resultado de la contención en que aquél se halla y la hostilidad que le muestra el soberano. Ellos le odian y esperan la oportunidad de cambiar su suerte. El gran peligro inherente a esta situación recae sobre la dinastía. No puede

haber ninguna esperanza de recuperarse de esta enfermedad. Los errores del pasado se fortalecen a cada nueva generación y llevan finalmente a la pérdida de la identidad de la dinastía (I,373).

ECONOMIA Y SOCIEDAD

... hay una relación entre las siguientes materias: fuerza y debilidad de la dinastía, fuerza numérica de una nación o raza, extensión de una villa o ciudad y monto de prosperidad y riqueza. Esto es porque la dinastía y la autoridad real constituyen la forma del mundo y la civilización, los cuales, a su vez, les sirven de materia. El dinero de los impuestos revierte al pueblo. Su riqueza, en general, viene de sus negocios y actividades comerciales. Si el soberano vierte dones y dinero sobre su pueblo, se esparcen en éste y vuelven a él y de nuevo van de él al pueblo. Vienen de éste, mediante las contribuciones y el impuesto sobre la tierra y a éste revierten gracias a las donaciones del soberano. La riqueza de los súbditos corresponde a las finanzas de la dinastía. Las riquezas de la dinastía, a su vez, corresponden a la riqueza y número de los súbditos. (II,290).

Debe saberse que el hombre necesita por naturaleza de lo que le sustenta y le provee la subsistencia en los diversos estados en que se encuentra y en sus estados sucesivos, desde el momento mismo en que empieza a crecer... (II,311).

A veces, el hombre obtiene eso sin esfuerzo. Es el caso, entre otros, de la lluvia, que es bienhechora para el cultivo de los campos. Pero esos dones gratuitos no son, en realidad, más que medios auxiliares y es necesario que el esfuerzo del hombre se asocie... (II,311).

... Todos los beneficios y todas las riquezas re-

quieren necesariamente la intervención del trabajo humano. Cuando se trata de un trabajo personal, como es el caso para los oficios, es evidente. Y si se trata de una ganancia procedente de la cría del ganado, del cultivo de las plantas o la explotación de las minas, la intervención del trabajo humano es indispensable: a falta de ello, ninguna ganancia útil resulta. (II, 313).

En la mayor parte de los casos, es fácil reconocer la parte del trabajo. Una parte del valor, grande o pequeña, viene de él. La parte del trabajo puede, a veces, ser oculta. Es el caso, por ejemplo, de los precios de los productos alimenticios. Se observa que el trabajo y los gastos son tenidos en cuenta cuando se trata del precio de los granos... Sin embargo, esto no aparece en los países en que el trabajo de la tierra requiere pocos cuidados y útiles. Sólo un pequeño número de agricultores son concientes de ello. (II, 314).

Por otra parte, Dios -¡glorificado sea! - ha creado los dos minerales, que son el oro y la plata, para representar el valor de todas las riquezas. Constituyen, para la mayor parte de los hombres, los tesoros y las riquezas que se deben reunir: si se procuran toavía otros bienes, es con la única intención de obtener en seguida oro y plata, a causa de las variaciones del curso de esas otras mercaderías sobre los mercados. Pues los dos metales preciosos están al abrigo de esas variaciones: son así, la base de las ganancias, de las riquezas y de los tesoros. (II, 313).

...los tesoros de oro, plata, piedras preciosas y utensilios no son diferentes de los otros minerales y adquisiciones, como hierro, cobre, plomo y otros bienes raíces o minerales. Es la civilización la que los hace resaltar, con la ayuda del trabajo humano, y los hace aumentar o disminuir. ...Es la civilización la que los produce en abundancia o causa su corto aprovisionamiento. (II, 325).

Todo esto establecido, hay que saber que si eso de que el hombre obtiene beneficio y utilidad tiene por origen un oficio, entonces, el beneficio que retira de

esta forma representa el valor de su trabajo y es eso lo que se entiende designar por "ganancias". No hay en la ganancia más que el trabajo, que no es deseado por sí mismo como ganancia, sino por el valor realizado por él. ... Si el beneficio no es el producto de un oficio, hay que comprender en su precio la utilidad y la ganancia correspondiente a la incorporación en él del trabajo que ha sido necesario para obtenerlo. Sin trabajo, no hay ganancias. (II, 313).

Sustento y beneficio pueden ser obtenidos mediante el poder de arrebatárselos a otros y apropiárselos, según normas jurídicas generalmente reconocidas. Esto es lo que se llama impuestos y tributos. O capturando y matando, en la tierra o el mar, animales salvajes. Es lo que se llama caza (o pesca). O extrayendo de los animales domésticos productos que la generalidad de los hombres emplea de manera provechosa. Es el caso, por ejemplo, de la leche... la seda... la miel... o todavía, cultivando y preparando vegetales, como los cereales y los árboles para la producción de sus frutos. Todo eso es llamado agricultura. La utilidad puede resultar también del trabajo humano, que puede ser aplicado a una materia especializada. Entonces es llamado un oficio, como el del escriba, el carpintero, el sastre, el tejedor, la equitación. Puede ser, por otra parte, aplicado a una materia no específica, lo que corresponde a todos los otros oficios o tareas. El beneficio puede venir también del intercambio de mercaderías en gran número, transportadas de un país a otro o que se acaparan con objeto de aprovecharse de las fluctuaciones de los precios sobre los mercados. Es lo que se llama comercio. Tales son las diversas clases de medios de existencia. (II, 315-316).

... la agricultura, los oficios y el comercio son procedimientos naturales para procurarse medios de existencia. Por lo que hace a la agricultura, debe ser colocada, por su naturaleza misma, antes que los otros medios de existencia, pues es simple, natural e innata en el hombre. No exige ni especulación ni ciencia. Por

eso se hace remontar comúnmente su origen a Adán, padre de la especie humana, y se añade que fué el primero en enseñarla y practicarla. Es esa una manera de expresar que la agricultura es el medio de existencia más antiguo y el más conforme a la naturaleza. Los oficios ocupan un segundo lugar después de la agricultura, pues son complicados y científicos. Requieren un saber. Por eso no se les encuentra, en general, más que en las poblaciones sedentarias, modo de existencia que sigue a la vida nómada y que viene en segundo lugar después de ésta. ... En cuanto al comercio, es un medio natural de procurarse beneficios. Sin embargo, sus métodos y prácticas consisten las más de las veces en astucias encaminadas a obtener, gracias a la diferencia entre el precio de compra y el de venta, un beneficio por medio de ese suplemento de precio. Por esta razón la ley divina declara esas operaciones ilícitas, desde el momento en que entran en la categoría de los juegos de azar. De todas formas, la operación no tiene por resultado despojar a otro de su bien sin compensación alguna. Por eso es legal. (II, 316-317).

Ser un servidor no es un medio natural de existencia. ... Esta situación... indica una debilidad y un afeminamiento que deben ser evitados en interés de la virilidad. Sin embargo, la costumbre hace que la naturaleza humana se incline hacia las cosas que se han hecho usuales. El hombre es hijo de las costumbres, no de sus antepasados. (II, 317).

Si el producto del trabajo de los habitantes de una villa o ciudad se distribuye de acuerdo con las necesidades de sus habitantes, un mínimo de ese trabajo bastará. El trabajo es más de lo que se necesita. Consecuentemente, es utilizado en proveer las condiciones y costumbres de lujo y satisfacer las necesidades de los habitantes de otras ciudades, que importan lo que necesitan mediante cambio o compra. Así obtienen una gran cantidad de riqueza... las riquezas que se pueden adquirir son el valor del trabajo: allí donde hay más trabajo, el valor es mayor para los interesados y adquieren necesariamente mayores beneficios. La prospe-

ridad y la riqueza en que se encuentran les llevan al lujo y las necesidades que hacen hacer... Todo eso tiene que ver con diversos oficios que el valor de sus productos ha desarrollado... A causa de su actividad, los que trabajan en producirlos se enriquecen. Cuando la población aumenta, el trabajo aumenta de nuevo, el lujo crece a su vez, en relación con las ganancias obtenidas, y las necesidades y costumbres de lujo aumentan, así como las necesidades que crea. Se inventan nuevos oficios para satisfacerlas. El valor resultante crece, de donde multiplicación de las ganancias... (II, 272-3).

...el hombre no puede permitirse dar su trabajo por nada, porque éste es fuente de provecho y subsistencia.... su única fuente de provecho. Por eso debe emplear su trabajo solamente en lo que tiene valor en la ciudad si le es provechoso. Si un determinado oficio tiene demanda y hay compradores de sus productos, corresponde entonces al tipo de mercaderías que tiene gran demanda y conviene vender. Por eso la gente en las ciudades está ansiosa de aprenderlo, con objeto de hacerse un medio de vida gracias a él. En cambio, si no hay demanda para un determinado oficio, no hay compradores de sus productos y nadie está interesado en aprenderlo. En general, ese oficio está destinado a ser desechado y desaparece a causa de su descuido. ...Hay otro factor relacionado con esto y es que la dinastía reinante es la que requiere oficios y sus perfeccionamiento. Provoca la demanda y los hace deseables. Los oficios que no son requeridos por la dinastía pueden serlo por otros habitantes de la ciudad. De todas formas, no será lo mismo, porque la monarquía es el mayor mercado. ...el perfeccionamiento de los oficios depende de su necesidad y del número de los que los buscan. Por eso, cuando una ciudad cae en decadencia y toca a su decrepitud, como consecuencia de la ruina de su prosperidad y del decrecimiento de su población, el lujo disminuye y los habitantes vuelven al antiguo uso de limitarse a lo estricto necesario. El número de los oficios, cuya introducción fué una consecuencia del lujo, disminuye gradualmente, pues los que los ejercían, cuando encuentran ya entonces un medio de vida, se comprometen muy pronto en otras ocupaciones o bien mueren y no dejan sucesores. (II, 351-352).

ción, con objeto de obtener una renta mayor. ... Finalmente, el peso de los impuestos se hará opresivo sobre los súbditos, que se verán sobrecargados. ... El resultado es que el interés de los súbditos en emprender trabajos y negocios desaparece, desde el momento en que cuando comparan gastos e impuestos con sus ingresos y ganancias y ven el pequeño beneficio que obtienen, pierden toda esperanza. Por eso muchos de ellos restringen toda actividad. El resultado es que el total de las rentas de los impuestos baja, como bajan las contribuciones individuales. Frecuentemente, cuando se observa el decrecimiento, los impuestos individuales son aumentados. Esto es considerado como un medio de compensar la disminución. Finalmente, las contribuciones y tributos individuales alcanzan su límite... Los costos de toda empresa son ahora demasiado altos, los impuestos demasiado pesados y los beneficios previstos no se realizan. Así, la renta total sigue disminuyendo, mientras que el monto de los tributos y contribuciones sigue aumentando por que se cree que tal aumento será compensado al final. Por último, la civilización es destruida porque el incentivo para la actividad en la producción desaparece. Es la dinastía la que sufre de esta situación porque es ella la que se aprovecha de dicha actividad. Si el lector comprende esto, se dará cuenta de que el incentivo para la actividad en la producción desaparece. Es la dinastía la que sufre de esta situación porque es ella la que se aprovecha de dicha actividad. Si el lector comprende esto, se dará cuenta de que el incentivo más fuerte para esta actividad es bajar todo lo que sea posible los montos de los impuestos individuales que se extraen de las personas capaces de emprender actividades lucrativas. (II, 89-91).

A veces, el soberano mismo puede emprender actividades comerciales y agrícolas, en su deseo de aumentar sus rentas. ... Pero esto es un gran error. Perjudica a los súbditos en varios sentidos. Primero, agricultores y comerciantes encontrarán dificultoso comprar ganado y mercadería y procurarse a bajo costo las cosas convenientes. Los súbditos tienen la misma o aproximadamente la misma magnitud de riqueza. La competencia entre ellos, agota ya o poco menos sus recursos monetarios. Mas, cuando el soberano, que tiene mucho más dinero que ellos, compite con ellos, apenas uno solo podrá ser capaz de obtener las cosas que desea y to-

dos se verán abrumados e infelices. Además, el soberano puede apropiarse mucho, si se le ocurre, por fuerza o comprando cosas al más bajo precio posible. Como no puede haber nadie que se atreva a ofertar contra él, será capaz de forzar al vendedor a bajar su precio. Además, cuando los productos agrícolas... o mercancías de varias clases, vienen a ser aprovechables, el soberano no puede esperar un mercado (favorable) y un age, por que debe cuidar de las necesidades del gobierno. Por eso fuerza a los comerciantes o agricultores que tratan en estos productos particulares a comprárselos. Sólo se satisfará con los más altos precios y más. Comerciantes y agricultores, en cambio, agotarán su capital líquido en tales transacciones. La mercadería así adquirida permanecerá sin uso en sus manos. Ellos mismos no podrán ya negociar... Frecuentemente necesitan dinero. Entonces deben vender esas mercaderías a los más bajos precios durante una baja en el mercado. Frecuentemente, los comerciantes y agricultores tienen que hacerlo de nuevo y así agotan su capital y salen de los negocios. ... Así... las rentas de los impuestos se desvanecen totalmente o se hacen peligrosamente bajas. (II, 93-94).

Debe sabarse que los ataques contra la propiedad de los hombres quita a éstos el incentivo para adquirir una propiedad y aumentarla, pues ven que, al final, no se les deja ya nada. Cuando la gente pierde la esperanza de ganar deja de trabajar, y la extensión y el grado de su desaliento están en proporción de la extensión y grado en que han sido infringidos los derechos de la propiedad. ... Cuando el pueblo no se ocupa más de ganarse la vida y cesa toda actividad provechosa, las ocupaciones económicas se hunden y toda decae. La gente emigra a otras partes en busca de sustento, se coloca fuera de la jurisdicción de su gobierno. La población de la región se hace escasa. Los poblados se vacían. Las ciudades caen en ruinas. La desintegración de la civilización causa la desintegración de la posición de la dinastía y el soberano, porque constituye la forma de la civilización y la forma decae necesariamente cuando su materia decae. (II, 103-104).

Cuando una ciudad es grande y densamente poblada e ilimitada en la variedad de sus condiciones, la pérdida que sufre por los actos de hostilidad e injusticia es pequeña, porque tales pérdidas se producen gradualmente. Porque la gran variedad de condiciones y la múltiple productividad de una ciudad determinada, pueden ocultar cualquier pérdida. ... Así, la dinastía que cometió tales infracciones puede ser reemplazada antes de que la ciudad se arruine. Otra dinastía puede componer su apariencia y restaurar la ciudad con la ayuda de su riqueza. Así, las pérdidas que permanecieron ocultas se reparan y apenas se observan. Pero esto sólo sucede raramente. (II, 106).

El prestigio ayuda en la adquisición de la riqueza.
Esto es como sigue: Encontramos que una persona de rango, que es altamente estimada, es, en cada aspecto material, más afortunada y rica que una persona que no lo tiene. La razón de ello es que la persona de rango es servida por el trabajo de los otros. Tratan de aproximarse a él con su trabajo, desde el momento en que desean allegarse a él y necesitan de los poderes de su rango. La gente le ayuda en su trabajo en todas sus necesidades, sean necesidades, conveniencias o lujos. El valor de este trabajo se convierte en parte de su beneficio. Por tareas que usualmente requieren dar alguna compensación, emplea siempre gente sin darles nada a cambio. ... Así hace un muy grande beneficio... en un tiempo muy corto. ... Es evidente al respecto el hecho de que muchos juristas y teólogos y personas piadosas, adquieren una buena reputación. Entonces, la gran masa cree que, cuando les da dones, sirven a Dios. Por eso la gente está deseosa de ayudarles en sus asuntos terrenales y en trabajar por sus intereses. Resulta que se hacen rápidamente ricos, sin haber adquirido otra riqueza que el valor de los servicios prestados por los que les han apoyado. (II, 326-327).

En las poblaciones de las ciudades y los grandes países, las gentes de cada clase ejercen autoridad sobre las de las clases inferiores y cada individuo de una clase determinada trata de obtener de la clase inmediatamente superior a la suya una porción de autoridad más grande. Aumenta seguidamente la autoridad adquirida, ejerciendo sobre sus subordinados una influen

cia proporcionada a su poder. Así, el poder de que tratamos obra sobre las gentes cualquiera sea su medio de existencia. Es grande o débil según la clase y el rango que ocupa el que lo ejerce. Cuanto mayor sea, más ~~beneficiosos~~ ~~será~~ ~~el~~ ~~provecho~~. El que no ejerce ninguna autoridad, puede tener dinero; pero sus riquezas están siempre en proporción a sus trabajos, a su haber y a las gestiones y viajes que hizo con el fin de aumentar su fortuna. Es el caso de la mayor parte de los comerciantes, de los agricultores en general y de los artesanos. En cuanto a estos, si están privados de toda influencia y se limitan a recoger los beneficios de su oficio, caerán casi todos en la indigencia y la miseria y no llegarán rápidamente a la fortuna. A lo sumo, perciben un brillo pasajero de los goces de la vida y no llegan a alejar la pobreza más que a fuerza de luchar. ...una persona que persigue y desea rango debe ser obsequiosa y emplear la adulación, como exigen los hombres poderosos y los gobernantes. De lo contrario, le será imposible obtener cualquier rango. (II, 330-331).

Hay que saber que la concentración de numerosas casas y propiedades rurales por los habitantes de las villas y ciudades no se produce en seguida ni a un mismo tiempo. Ninguno de ellos habría tenido bastante riqueza para adquirir propiedades cuyo precio habría sido excesivo, aunque hubiera alcanzado el colmo de la facilidad. No llegan más que gradualmente a reunir en su posesión un gran número de esos bienes inmuebles. Pueden heredar de sus padres o de sus parientes. Estos bienes, después de haber pertenecido a varios propietarios, vienen a reunirse en las manos de un solo individuo, que entonces posee muchos. Pueden comprarlos por especulación, lo que tiene lugar cuando una dinastía va hacia su fin y aparece otra para reemplazarla. Entonces la milicia desaparece, la protección se hunde y la capital va a la ruina. No se busca entonces la posesión de los inmuebles porque son casi siempre improductivos y porque la prosperidad del estado está aniquilada. Resulta de eso que su valor se desploma y

que se compra casi por nada. Cuando esos inmuebles han pasado después, por herencia, a otros propietarios, la ciudad ha reencontrado su juventud, como consecuencia del triunfo de la nueva dinastía y el restablecimiento de su prosperidad lleva a los hombres a buscar la posesión de los bienes inmuebles, a causa de los grandes beneficios que pueden entonces retirarse de ellos. De ahí resulta un fuerte aumento del valor de esos bienes; adquieren una importancia que no tenían antes y he ahí por qué se especula sobre ellos. El que se había hecho propietario de ellos, se convierte ahora en uno de los hombres más ricos de la ciudad y, eso, sin haber trabajado para ganar lo que posee. Por otra parte, hubiera sido incapaz de adquirir parecida fortuna con su trabajo. (II, 283-284).

Cuando la senilidad sobreviene a una dinastía y su sombra retrocede en las remotas regiones, los habitantes de las ciudades deben cuidar de sus propios asuntos y mirar por la protección de la propia situación. Vuelven al gobierno y la gente de las altas clases se separa del pueblo y de las clases bajas. Las almas, por su verdadera naturaleza, tienden a procurar la superioridad y la dominación. ... Los mismos síntomas en poder y senilidad que se encuentran en un gran reino, se encuentran en uno pequeño. (II, 304).

... transformaciones... ocurren en la condición de las naciones y de los pueblos con el cambio de los períodos y el paso del tiempo. Tales cambios sobrevienen en una forma tan imperceptible y en tiempo tan prolongado, que son muy raros de discernir y únicamente son observados por un pequeño número de individuos..... La condición del mundo y de las naciones, sus costumbres y sectas, no persisten en la misma forma o en una manera constante. Existen diferencias según los tiempos y períodos y cambios de una condición a otra. Es el caso de los individuos, los tiempos, las ciudades, y de la misma forma ocurre en relación con las regiones y los distritos, períodos y dinastías. ... La razón an pliamente aceptada para explicar los cambios en las

instituciones y las costumbres es que las costumbres de cada raza dependen de las costumbres de su soberano. Como dice el proverbio: "El pueblo sigue la religión (14) de su soberano." Cuando políticos ambiciosos derriban la dinastía soberana y alcanzan el poder, recurren inevitablemente a las costumbres de sus predecesores y las adoptan en su mayoría. Al mismo tiempo, no desprecian las costumbres de su propia raza. Eso lleva a algunas discrepancias entre las costumbres de la nueva dinastía reinante y las costumbres de la anterior. A su vez, el nuevo poder es sucedido por otra dinastía y las costumbres se mezclan ulteriormente con las de la nueva. Más discrepancias se producen y la discrepancia entre la nueva dinastía y la primera es mucho más grande. Un gradual aumento del grado de discrepancia continúa. El resultado final es un estado completamente distinto de costumbres e instituciones. En tanto que se siga produciendo esta continua sucesión de diferentes pueblos en la autoridad real y en el gobierno, no cesará de producirse la discrepancia en las costumbres y en las investigaciones. (I, 56-58).

NOTAS

- (1) Esta expresión abarca el Africa del norte musulmana.
- (2) Es decir, ciencias religiosas, por un lado, y, por el otro, las ciencias propiamente dichas, pero en un sentido amplio, abarcando todos los planos del conocimiento.
- (3) Ibn Omar al Asadi.
- (4) Slane y Rosenthal traducen omran badawi por vida nómada; pero, en realidad, como el mismo Rosenthal reconoce, la expresión es más amplia en el alcance que usualmente le da Ibn Kaldún, pues, como se verá, comprende toda la vida rural. Por eso es preferible el término beduino, que es lo que significa badawi. Se le opone la vida sedentario o, más propiamente, la de las ciudades.
- (5) Literalmente el texto dice: "para él la caza no se escapa", lo que puede significar que no caza o que no hace la guerra. Hemos preferido la traducción de C. Castro en La filosofía en sus textos. (I, 456).
- (6) Se refiere al Pentateuco. El pasaje se halla en el Génesis.
- (7) Geográficamente, Ibn Kaldún divide al mundo en siete zonas, que van, del máximo calor en el sur, al frío extremo en el norte.
- (8) Grupo antiguo e importante de tribus bereberes que constituyeron el núcleo original de los almohades. Los gomara son otra tribu bereber.
- (9) Es la traducción literal que da Rosenthal. Issawi traduce por emotivo, mientras que Labica prefiere

la palabra convencional.
~~la palabra convencional.~~

- (10) El enviado por Dios para guiar a los hombres.
- (11) Originalmente, zoroastrianos. Más tarde, fueron considerados por los musulmanes como un pueblo que seguía a una clase de profeta sin Escrituras. Venían a ocupar así una posición intermedia entre los pueblos que las poseen y los que carecen de ellas, es decir, los paganos. Pero el término se usaba eventualmente para designar la idea general de paganos.
- (12) Se refiere a los compañeros de Mahoma.
- (13) Por extensión se aplica aquí este patronímico, como en otros lugares de la obra de Ibn Khaldún, a todos los españoles cristianos, empleando el apelativo que primeramente tuvieron entre los árabes españoles los esclavos cristianos. Esta significación ha escapado, por ejemplo, a Labica (p. 40, nota 7) que reduce el alcance de la expresión a las poblaciones gallegas propiamente dichas.
- (14) En el sentido más amplio de forma de hacer las cosas.

BIBLIOGRAFIA

- Altamira, R.- Notas sobre la doctrina histórica de Abenjaldún. En: Cuestiones modernas de historia y en : Homenaje a D.F.Codera.
- Altamira, R.- Proceso histórico de la historiografía humana. México, El Colegio de México, 1948.
- Anesí, A.N. al - Il pensiero economico di Ibn Khaldûn. En: Rivista delle Colonie Italiane. Roma, VI, 1932.
- Astre, G.A.- Un précurseur de la sociologie au XIVE. siècle: Ibn Khaldoun. En: L'Islam et l'Occident. París, 1947.
- Ayad, M.K.- Die Geschichte -und Gesellschaftslehre Ibn Haldûns. Stuttgart y Berlín, 1930.
- Barnes, H.E. y H. Becker -Historia del pensamiento social. México, Fondo de Cultura Económica, 1945. (v.1).
- Bombaci, A.- La dottrina storiografica di Ibn Haldûn. En: Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa, XV, 1946.
- Bouthoul, G.-Ibn Khaldoun; sa philosophie sociale. París, 1930.
- Bouthoul, G.-L'esprit de corps selon Ibn Khaldoun. En: Revue Internationale de Sociologie. París, XL, 1932.
- Caro Baroja, J.- El poder real según Abenjaldún. En: Africa. Madrid, XII, no.167, 1955.
- Caro Baroja, J.- Abenjaldún y la sociedad musulmana. En: Africa. Madrid, XII, no.167, 1955.
- Carra de Vaux, B.- Les penseurs de l'Islam. París, 1921-1926. 5 vols.
- Chaix-Ruy, J.- Sociología y psicología de la vida social en la obra de Ibn Khaldún. En: Revista Mexicana de Sociología. México, XXI, 1954.
- Cook, S.A.- The Semites: The Writing of History. En: The Cambridge Ancient History. New York, Cambridge University Press, 1923-1951. (12 vols., vol. I)
- Dermenghem, E.- Les plus beaux textes arabes. París, 1951.

- Encyclopaedia Americana. N.Y. y Chicago, 1951, 30. vols. vol. XIV.
- Encyclopaedia Britannica. Londres, Chicago y Toronto, 1950. (vol. XII).
- Enciclopedia Italiana, Roma y Milán, 1930-1950. 26 vols. vol. XVIII
- Findikoglu, Z.F.- Les théories de la connaissance et de l'histoire chez Ibn Haldûn. En: Proceedings of the 10 th. Congress of Philosophy. Amsterdam, 1949. 2 vols., vol. I,
- Fischel, W.J.- Ibn Khaldûn's Use of Jewish and Christian Sources. En: Proceedings of the 23 rd. International Congress of Orientalists. Cambridge, 1954.
- Flint, R.- History of the Philosophy of History. Edimburgo, 1893. Nva. edic. de Blackwood & Sons Ltd.
- Gabrieli, F., Storia della letteratura araba. Milán, 1951.
- Gonzalez Palencia, A.- Historia de la literatura arábigoespañola . Barcelona, 1945.
- Guillaume, A. T.W. Arnold (edit.).-The Legacy of Islam. Oxford, 1931.
- Gumnowicz, L.- Un sociologue arabe du XIVE. siècle. En: Aperçus sociologiques. Lyon y Paris, 1900.
- Hostelet, G.- Ibn Khaldoun, un précurseur arabe de la sociologie au XIVE. siècle. En: Revue de l'Institut de Sociologie. Bruselas, 1936.
- Husari, S. al - La sociologie d'Ibn Khaldoun. En: Actes du XVe. Congrès International de Sociologie. Estambul, 1952.
- Issawi, Ch.- An Arab Philosophy of History: Selections from the Prolegomena of Ibn Khaldûn of Tunis. Londres, J. Murray, 1950.
- Labica, G.- La Muqaddimah; extraits. Argel, Hachette, 1965.
- Labica, G.- La religion chez Ibn Khaldûn. La pensée, oct. 1965.
- Lacoste, Y.- Ibn Khaldoun; naissance de l'histoire, passé du tiers monde. París, F. Maspéro, 1966.
- Lévi-Provençal, E.- Extraits des historiens arabes du Maroc. París, 1948.
- Lévi-Provençal, E.- Histoire de l'Espagne musulmane. Pa-

- rís y Leyden, 1950-1953. 3 vols.
- Levy, R.- An Introduction to the Sociology of Islam. Londres, 1931-1933. 2 vols.
- Lewis, B.- The Arabs in History. Londres, 1950.
- Machado, O.A.- La historia de los godos según Ibn Jaldún. En: Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires, I-II, 1944.
- Machado, O.A.- Historia de los árabes de España por Ibn Jaldún. En: Cuadernos de H. de España. Bs. Aires, IV, VI, VII y VIII, 1946-1948.
- Mahdi, L.- Ibn Khaldûn's Philosophy of History: A Study in the Philosophic Foundation of the Science of Culture. Londres, 1957.
- Mohassani, S.- Les idées économiques d'Ibn Khaldoun; essai historique, analytique et critique. Lyon, 1932.
- Marçais, G.- Histoire et historiens de l'Algérie.
- Marçais, G.- Ibn Khaldoun et le livre des Prolegomènes. En: Revue de la Méditerranée. París y Argel, IV, nos. 38 y 39, 1950.
- Murias, J.- La filosofía en los textos. Barcelona, 1950. 2 vols., vol. I.
- Munier, R.- Mélanges de sociologie nord-africaine. París, 1930.
- Montagne, R.- La civilisation du desert. París, 1947.
- Ortega y Gasset, J.- AbenJaldún nos revela el secreto. En: El espectador, t. VIII.
- Pellat, Ch.- Langue et littérature arabes. París, 1952.
- Pérès, E.- Ibn Khaldoun: extraits choisis de la "Muqaddimah" et du "Kitab-al-Ibar". Argel, 1947.
- Rappoport, Ch.- La philosophie de l'histoire comme science de l'évolution. París, 1925.
- Rosenthal, F.I.J.- Ibn Jaldûn's Attitude of the Falsafa. En: Al Andalus, Madrid y Granada, XX, 1955.
- Rosenthal, F.I.J.- Ibn Khaldûn's Gedanken über den Staat. Berlín, 1932.
- Rosenthal, F.- A History of Muslim Historiography. Leyden, 1952.
- Sánchez Albornoz, C.- BenJaldún ante Pedro el Cruel. En: La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales. Bs. Aires, 1946. 2 vols.

- Sarton, G.A.L.-Introduction to the History of Science. Baltimore, Carnegie Institution of Washington, 1927-1943. 3 vols, vol.III, 2da.parte.
- Sauvaget, J.- Introduction à l'histoire de l'Orient musulman. Paris, 1943
- Sauvaget, J.- Historiens arabes: pages choisies et traduites. Paris, ~~rien~~-Maisonneuve, 1946.
- Schmidt, H.von -Ibn Khaldoun, philosophe et sociologue arabe. En: Revue de l'Institut de Sociologie.Bruxelles, 1951.
- Schmidt, N.- Ibn Khaldun. New York, 1930.
- Schmidt, N.- Ibn Khaldun; Historian, Sociologist and Philosopher. New York, 1930.
- Serokin, P.S.- Las filosofías sociales de nuestra época de crisis. Madrid, Aguilar, 1960.
- Sarton, G.y L.Berger -Recueil des textes de sociologie et de droit public musulman contenus dans les "Prolegomènes" d'Ibn Khaldoun. Argel, Bibliothèque de l'Institut d'Etudes Supérieures, 1951.
- Toynbee, A.J.- A Study of History. Londres, 1934-1954. 10 vols., vols.III y X.
- Vera, F.-La cultura española medieval. Madrid, 1933-1934. 2 vols., vol.I.

Nota.- No damos aquí más que las obras más asequibles o importantes. Para una bibliografía más completa, remitimos a la que se incluye al final del III tomo de la traducción de Rosenthal, p.485. Cabe agregar los datos de la traducción al francés de William Mc Guckin de Slane (vols,XIX,XX y XXI de Notices et extraits de manuscrits de la Bibliothèque Impériale, Paris, 1862, 1865 y 1868) y de la inglesa del propio F.Rosenthal (Nueva York, Bollingen Foundation Inc., 1958). Se anuncia una nueva traducción francesa emprendida bajo los auspicios de la U.N.E.S.C.C.

(sigue FE DE ERRATAS)

31	37	estado	estados
33	16	(borroso)	por sí mismos
"	32	los jefes	... los jefes
34	26	pesar del todo	pesar de todo
35	15	(final confuso)	educación. (I,
36	20	perdiben	perciben
39	33	(borroso)	entonces bajo
40	9	(")	el poder con
"	10	culto en sí	culto de sí
41	2	(borroso)	(debe suprimirse por estar repetido)
"	20	snilidad	senilidad
"	35	(borroso)	a refrenar tales aspi- raciones. El jefe toma
43	35	sinilidad	senilidad
44	22	(confuso)	protectora
46	6	capaces	rapaces
48	15	convencido de la su	convencido de su
41	3	(borroso)	se extienden desde
43	32	rellanar	reilenar
54	5	asisten	asistencia
54	25	(confuso)	En tal momento se puede prescindir de visires
"	33	(borroso)	Las dos primeras
56	4	(borroso)	y tratará de parecerse a él. Eso por espíritu
"	5	(borroso)	de imitación o porque le parezca -
58	31	indicarque	indica que
60	11	(confuso)	ces, ser oculta. Es el caso, por ejemplo, de los pre-
64	9	(")	de lujo... El alma viene a pensar en cómo
"	10	(")	estudiarlo y usar todo
66	32	toda	todo
67	16	(borroso)	que no lo
68	15	(")	beneficios sacará su poseedor; cuanto más débil, menor
69	23	síntomas en	síntomas de
76	7	drien-Maisonneuve	Adrien-Maisonneuve

Las restantes serán fácilmente salvadas por el lector.

